Eloy
Fernández
Porta

Los brotes negros

En los picos de ansiedad

nuevos **cuadernos anagrama**

Índice

Portada
Los brotes negros
Notas
Créditos

Por una vez la prensa no se equivoca: sí, el barrio se ha degradado. Los hornos caseros han sido sustituidos por franquicias. La propietaria de la librería especializada en libros de artista tuvo que cerrar cuando el casero le pidió el alquiler multiplicado por cinco. Los jóvenes han sido expulsados a las ciudades satélite. La bohemia local, sustituida por magalufas. Con la pandemia solo han quedado en pie las tiendas de souvenirs, que, sin turistas a los que vender, siguen lavando dinero. En la Rambla menor hacen su agosto los carteristas. El olor a orín.

Y luego están ellos.

Ya existían antes, pero los toques de queda y la reducción del tráfico los han hecho más visibles. Deambulan. Hablan solos. Se mueven como si fueran muy viejos o como si la calle les perteneciera, y así es: nadie la reclama; la policía debe de atender una llamada de cada veinte, y solo comparece cuando el griterío se hace demasiado fuerte y salen a los balcones los vecinos. Los uniformados bajan del coche, dan unos pasos toreros, hacen que corra el aire. Cuando se marchan, ellos vuelven a salir de cualquier esquina y siguen merodeando. El Ayuntamiento ha dedicado seis años de obras a restaurar el parking que daba al mercado y a la escuela de diseño y lo ha transformado en una soleada plaza dura. Pero ellos, uno a uno, solos o en grupos, han ido ocupando los bancos de piedra, las esquinas meadas, y la han hecho suya.

Así empezaría un libro en el que un vecino respetable, el que fui hace diez años, contaría, desde la seguridad de una cierta clase media de profesión liberal, los días oscuros de una zona céntrica. Ese libro, que hasta hace una línea parecía plausible y que ahora se ha vuelto dudoso, tendrá que terminar aquí. Está dando sus últimos vagidos. Apenas ha durado una página. Otro lo escribirá, o lo ha escrito. En ese libro que ahora está muriendo el vecino respetable seguía hablando de ellos, los que veía al pasar. Pero yo ya no puedo hablar por él. Así que el ciudadano probo abandonará la voz narrativa y solo volverá a aparecer como una sombra entrevista. Ahora vamos a despedirlo. Le concederemos una última gracia: la de la descripción. A continuación hablará por última vez y explicará lo que ve cuando los mira; cuando ve en la calle a uno de ellos.

Por ejemplo, a mí mismo.

Está ese hombre enflaquecido, con ese aspecto de chicuelo arrojado a la cuarentena. Viste camisetas oscuras con leyendas que debieron de ser ingeniosas hace dos o tres modas. No parece que las lave. Es

demasiado delgado y anda encorvado; algo en su complexión física es antinaturalmente flaco, como si le faltara un hervor, pero aun así luce barriga. Esmirriado y panzudo, tiene un aspecto de posguerra. Tiene alopecia y se ha dejado crecer el pelo en una media melena desordenada, con mechones ralos. Su barba descuidada apenas llega a tapar las cicatrices de acné. Su expresión es inquisitiva y ausente. Lleva unas Adidas negras muy gastadas, de talla grande, debe de ser una 43; son desproporcionadas al resto de su cuerpo, como también lo son sus manos, que surgen de esos brazos de palillo y parecen garras. Se queda fumando en los cruces, despacio, como si no supiera adónde ir. La primera vez que se le oyó gritar no parecía que fuera él, porque resulta difícil asociar la figurita frágil con ese aullido, esa fuerza:

–¡A mí naaadie me toca los cojones! ¡A mmmmí nadie me toca los cojones!

Andaba aullando a paso firme, frente al edificio de Correos. También su boca es desproporcionada. Otro día, en medio de la plaza, solo, agitando los brazos:

–¡Hijo de la gran puta! ¡Racista de mierda!

Los bangladesíes sentados en las sillas de piedra lo miraban, divertidos; uno de ellos lo jaleó.

En otra ocasión, en una calle más estrecha, se encaraba a un balcón del segundo piso del que colgaba, como una sábana, una bandera:

–¡Venid a por mí, hijos de puta! ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Bajad a por mí!

Se le ve llorando. Pero de entre todos ellos no es el que más grita: ese honor corresponde a la artista austríaca, la que se instaló en la calle con sus cuadros. Lo suyo es el llanto.

Tiene buenos lagrimales.

Con la mano abierta me golpeo en la cabeza a la altura del temporal izquierdo, justo por encima de la oreja, con un ruido seco. La primera bofetada no surte efecto. Vuelvo a golpearme más fuerte, más arriba. Esta vez noto una especie de resonar metálico. El dolor físico empieza a atenuar un poco el rumor de termitas en mi cabeza. Sigo con una tanda de bofetadas continuas mientras el llanto persiste y voy oyendo un pitido, como si se me hubieran tapado los oídos en un aterrizaje. El dolor en la piel se hace más intenso y me procura algún alivio, que se mezcla con una desesperación rabiosa al cuarto o quinto golpe, cuando siempre lamento carecer de ánimo para darme un puñetazo y dejarme inconsciente. En algún momento, en el trance creciente de los golpes, me ilusiono con la idea de romperme el cráneo. A veces la ronda de bofetadas no basta y entonces tengo que pegarme en la cara. Me doy mucho más fuerte de lo que nunca me ha pegado nadie, hasta sentir unas cosquillas oscuras. Tengo buenas manos, grandes; mis dedos son

finos y alargados y, en algunas fotografías, cuando gesticulo, parezco un insecto haciendo un movimiento retráctil o buscando una presa. Cuando hago como si me reventara la cabeza me mueve una necesidad de acallar ese sifón interior, hay algo de cariño y de piedad en las bofetadas; en cambio, al golpearme en la mejilla soy como una maestra que no pudiera soportar más el cafarnaún de los niños y los abofeteara con odio, con más fuerza de la que usaría con un adulto, hallando, en esa brutalidad desencadenada, unas migajas de calma.

Otras veces, cuando el sifón es más intenso, voy al baño, cojo con las dos manos la tapa de la papelera, que ya estaba rota cuando me trasladé al micropiso, y arremeto contra ella con la frente. Un golpe, dos, tres, hasta que empiezo a sentir un dolor oscuro y vagamente relajante.

Finales de 2019-principios de 2020

No hagas eso, cabeza. Por favor.

Uno no sabe qué decirse a sí mismo tras una sesión de llanto de seis horas. Trato de evitarme, como si fuera un compañero de trabajo a quien no me conviene ver. Al día siguiente, procuro no dirigirme la palabra.

Medio día sin haber tenido ningún ataque. Puede ser que llegue entero a la hora de la medicación. Me estoy viendo desde la media distancia, como el perro que observa al transeúnte borracho y, cauteloso, da un rodeo.

¿Por qué, angustia, dejas a medias tu tarea? ¿A qué este medio arrasar, este casi destruir y este conato de muerte?

Media tarde. Ningún acceso, por ahora. El día no está roto, aún no, pero lo recorre una atemorizada expectativa, un vigilarse en silencio, una mirada de animalillo agazapado. Puede ocurrir en cualquier momento. «Estoy teniendo un buen día»: una atemorizada indignidad. Alivio indeciso de preso amnistiado y, con él, la culpa, el perdón inmerecido. Me muevo con sigilo y voy descubriendo una vocación de súbdito, tibio, manso en su esquina: el sujeto idóneo de cualquier sistema de poder.

Quizá tengan razón los días rotos.

Tarde de delantal azul: abro el grifo, dejo correr el agua, meto la mano en la pila de platos negros. Echo Fairy en el lado verde de la esponja y comienzo los movimientos circulares. Primero, los vasos. Cuando he limpiado tres me llega un vago recuerdo de la época en que lo hacía para dos, noto un vacío que desde la base del estómago empieza a cundir y se expande, y sin dejar de fregar el sentimiento se

ha instalado en mí, me llena: abrumado por la inmensidad del abandono, lleno de la certeza inconsolable de que un día entré en el camino errado y ya no puedo volver atrás. Las lágrimas brotan y la llamo sollozando; su nombre, que antaño yo pronunciaba en cualquier conversación casual, se ha convertido ahora en un emblema de todos los cuartos clausurados. Es un agregador afectivo que invoca a la vez todos los momentos de pérdida. Su nombre tiembla con los sollozos y se deshacen sus sílabas. Hay una intensidad monocroma en ese impulso que me tiene en pie, las manos apoyadas en la repisa, el gesto interrumpido, como si la suciedad de los platos fuera la de una cena compartida, ayer noche, y no pudiera limpiarse nunca. «Bueno, bueno, no es tan fuerte como ayer, va mejorando», digo en voz alta, con la voz tomada, y casi logro creerme que hay algún tipo de evolución, que hay un dique para estos desbordamientos y que quizá puedan ir siendo cada vez más breves.

Tres meses sin poner la lavadora. La sola idea de reunir la ropa y acercarme al tambor me produce escalofríos. El piso se ha ido llenando de rincones prohibidos, y en uno de ellos reina inútil la Balay, el trasto descompuesto.

Me despierto demasiado temprano y el rumor de las termitas me ataca desde primera hora. Mientras desayuno tengo que repetir en voz alta: «Para, para, para, por favor, por favor, por favor.» ¿Quién dice esas palabras? Es un capataz que se desgañita dando órdenes, solo en mitad de una nave industrial, en una fábrica abandonada. Con frecuencia digo mi nombre, como un autista, para intentar detenerlo.

Me grito cada día. Mientras camino, mientras escribo. En casa, en la acera. Llamo a alguien, quizá a mí mismo, o al Eloy que se marchó hace tiempo. Cuando noto que arrecian las termitas digo «¡Para!». No basta, y tengo que repetírmelo pocos minutos más tarde. «¡Para! ¡Para!» Las grabaciones suben de volumen, se hacen más intensas, como una música totalitaria, y entonces empiezo a llorar, ando despacio por la habitación como andaba mi madre cuando el cáncer la consumía, empiezo a sollozar, suplico: «¡Para, por favor!» «¡Por favor!» Ando sin rumbo, tratando de fijarme en algún objeto del comedor –que hace las veces de cocina y estudio– para ahuyentar la música. Cuando se vuelve atronadora, un drone azul entre las templas, entonces la llamo: «Haz que pare, Olga, por favor, haz que pare.» Mientras lo digo experimento un alivio levísimo, creo por un momento que ella puede volver y detenerlo. A veces no puedo soportar la desesperación y hablo solo llorando durante largos minutos, digo: «Vámonos de vacaciones, Olga. No esperemos al verano. Iremos en coche hasta El Espinar. Tú conducirás y yo pondré los compacts.

Daremos un paseo por el monte hasta La Panera y nos bañaremos en el lago. A ti te gusta bañarte aunque el agua esté fría.» Lloro mientras lo escribo. Suena de fondo un lounge con percusión suave que no consigue sosegarme. Las lágrimas me bajan por las mejillas y me llegan a los labios. Se me tapa la nariz. Me he quedado sin clínex. Me seco con papel de váter.

Neurotinderiana

Cuando abría la puerta de casa de Clàudia, la bulldog venía a recibirme, lenta y patosa, y al llegar a mi altura se daba media vuelta y restregaba sus cuartos traseros contra mi pierna derecha. Era muy mayor. Una noche rascó la puerta del cuarto, cedimos a su tierno ataque de celos y la dejamos entrar. Luego, todo se precipitó. Se desorientaba en el comedor de casa, giraba sobre sí misma, orinaba al aire; los gemidos, la masa de dolor y pelo desencajada. La primera visita a la veterinaria, la prognosis negativa; un olor fatal llenaba el salón. La segunda visita. Durante una noche en que Clàudia me requirió, parecía que la desgracia pudiera contribuir a unirnos. La cabeza en el vientre. Luego, todo se precipitó. El cáncer aceleró y la llevó en volandas hasta la camilla de la inyección letal; Clàudia se retrajo y su trastorno bipolar se manifestó en aplazamientos sucesivos y gestos de rechazo; mi incapacidad infantil para encajarlos, mi permanente sensación de que alguien me empuja fuera de su vida, me llevó a exigir imposibles, pedir reciprocidades, hacer chantaje emocional, arrastrarme como si en alguna mesa del bar donde se certificó nuestra ruptura hubiera un fotógrafo documentalista con la cámara dispuesta para captar un momento de ruego lastimero con croissants revenidos al fondo. Luego, todo se precipitó: el conflicto con su hermana, el intercambio ritual de reproches, el *crescendo* del desacuerdo, los *unfollows*. Solo unos pocos días antes yo la besaba en la barriga y ella decía, despacio: *«Quants petons!»* Luego, todo se precipitó. Se desorientaba en el comedor de casa, giraba sobre sí misma, orinaba al aire; los gemidos, la masa de dolor y pelo desencajada.

2011

Estaba ordenando la cocina cuando escuché su llamada desde la habitación: «Voy a vomitar.» Incluso en aquellos momentos encontraba expresiones claras y apropiadas para definir su dolor. Y siempre lo hacía a última hora: a pesar de la insistencia de los médicos en que verbalizara sus síntomas, persistía en esa actitud sufrida y austera que

le impedía quejarse hasta que el sufrimiento era insoportable. Como había hecho en otras ocasiones, abrí de inmediato la puerta del lavadero, cogí la palangana y en cuatro pasos llegué al cuarto en cuya cama se había instalado desde hacía meses. Justo a tiempo, o no, porque en aquel preciso instante mi padre, que hasta entonces había estado reclinado en dos almohadas, se levantó como un resorte y, con un sonido regurgitante pero conciso, como una cañería que se libera, vomitó el desayuno y la comida en mi cara.

De cómo la escoria del barrio reconquistó la Plaça de la Gardunya

Dos botellas de lambrusco barato. Una de agua. Cuatro yogures de fresa. Uno natural azucarado. Un pack de seis cervezas, de las primeras que encuentro, Heineken, o quizá Estrella. Pan Bimbo. Una ensalada Florette. Total, 9,50 € en el Dia.

El cajero paquistaní me cobra sin que intercambiemos ni una mirada. No le falta costumbre. Ya está habituado a los sin techo que acampan a la puerta del supermercado. Supongo que piensa: «La cena de la purria.»

Media hora antes había salido de casa, sin síntomas notorios. Un paseo hasta el mercado, pensaba: estirar las piernas, hacer ejercicio, prevenir los conatos que suelen aparecer al caer la tarde. Hago el trayecto de ida respirando hondo mientras esquivo los monociclos y bicicletas que, de un tiempo a esta parte, se han adueñado de la acera. Parece que, como en otras ocasiones, la caminata me concede un poco de alivio. Ahora que ya no nado a veces imagino el caminar como una natación inhábil en un carril concurrido, sorteando nadadores que tratan de esmerarse en la braza o se rezagan. Cuando llego a la altura de la Biblioteca de Catalunya empiezo a notarlo. Son los primeros tecleos del ansia. Miro en derredor, con odio: el bordillo, la pareja de skaters, la persiana de la tienda clausurada. La rabia se manifiesta en primer lugar de esa manera: una concentración de sangre en los ojos, como si quisiera destruir con las pupilas lo que me rodea o, cuando se recrudece, como si pudiera expulsar la bilis por las cuencas. Camino más deprisa; necesito que alguien me moleste, me hace falta un peatón torpe que choque conmigo o que me roce para poder darle una patada en el estómago y partirle la cara a puñetazos. Trato de atenuar la sensación dándome un bofetón a la altura del parietal. Mientras sigo andando, pasado el edificio de la biblioteca, empiezo a gritar golpeándome, aaaaaaaA, aaaaaAAA, AAaaaaa, gritos cortos y bajos que, cuando intento modular su duración, me procuran pequeños instantes de respiro. Llego a la plazoleta donde está el parque infantil, vacío como casi siempre, y la terraza; acelerando el ritmo y sin dejar

de pegarme, paso por delante de la fuente y siento, sin pensarlo, que cuando llegue a la plaza dura podré recomponerme bajo el sol, o quizá alguno de los policías o trabajadores de la limpieza me vea y, si se me acerca, me tranquilice un poco y pueda hablarle. Paso por delante de la casa de Clàudia y se me ocurre que quizá esté allí, hace media jornada y a estas horas debería estar libre, pero no llamo a su timbre. La plaza es como un gran tablero sin piezas. En cuanto piso el cemento me doy cuenta de que la rabia no deja de crecer y el espacio abierto quizá la esté empeorando con una agorafobia repentina. Sin saber lo que hago, me dirijo hacia el centro, lejos de los árboles, como si me hiciera falta espacio para que la ira que me embarga pueda terminar de desencadenarse.

Y entonces empiezo a gritar de verdad.

Primero son gritos extraídos de la pura garganta, mientras me encorvo, con las piernas abiertas, y me agarro fuerte la cabeza con las manos; respiro hondo y del fondo del esternón sale un bramido largo, una *a* creciente y desesperada, noto la garganta quemada por el esfuerzo y no puedo seguir en pie: me arrodillo, la frente al suelo, los codos en el cemento, el culo en pompa, doy un grito corto y luego otros dos, aúllo.

De pronto una mano me toca el cogote. Me acaricia. La otra mano. Por un momento pienso que es Clàudia, que me ha visto desde la ventana y ha bajado corriendo. Me llevará a su piso, nos sentaremos en su gran sofá; cuando pueda volver a hablar recordaremos a su perra, que yace en el cementerio de la montaña. Levanto la vista despacio. Veo un colgante de metal, un poncho azul raído, un cuello con papada. Me abraza. Es la loca con la que unas horas antes me he peleado, en la terraza, a unos pocos metros de aquí, cuando se acercó a la mesa en que Javi, mi agente, hablaba conmigo sobre posibles actuaciones que nunca van a ocurrir, y hablando en un idioma desconocido me cogió el vaso y se puso a beber. La eché a gritos, la echamos, entre el camarero y yo. Ahora me está abrazando fuerte. Nos quedamos de pie, agarrados, pienso que puede tener covid, nos abrazamos más fuerte. Voy recuperando el ritmo de la respiración. La adapto a la suya.

No entiendo lo que me dice pero nos tomamos de la mano, salimos tanteando de la plaza y llegamos hasta el Dia. Allí empezamos a hacer acopio de viandas. Ella va tocando y cogiendo cosas. Le pregunto qué quiere y voy llenando la cesta. Descarto y repongo algunos productos inútiles. Los reponedores nos miran con aprensión. En la cola de la caja ella no mantiene las distancias, hace pasos de baile, murmura cosas que, aun en un idioma desconocido, suenan como incoherencias. Saco la tarjeta y pago los 9,50. Al salir creo que piensa que iremos a cenar juntos. La abrazo, le digo «Muchas gracias» en alta voz y se

queda allí, de pie con las bolsas, mientras doy un rodeo antes de entrar en el portal.

La loca cristiana, el guarda de seguridad de La Virreina, el del hotel Le Méridien, el mendigo de la Ronda de Sant Antoni. Cuando rompes a llorar en la calle los únicos que te dirigen la palabra son los que trabajan allí, al aire libre. Los transeúntes no se detienen; en la mayor parte de los casos, ni siquiera se fijan. Por lo general lo prefiero: ¿qué podría contarle a un viandante bienintencionado que intuye no se sabe qué novela psicosocial pero que ni siquiera podría acercarse, por miedo al contagio, o a los contagios víricos o afectivos que podrían resultar de ese encuentro? Yo mismo, en una ocasión en que me acerqué a una mujer de veintipocos años que sollozaba, primero hablando por el móvil y luego sola, sin dejar de andar, me sentí impertinente, y no me extrañó su rechazo, su mohín molesto: «Estoy bien», es decir: «Bastante tengo con lo mío como para tener que hablarte.»

A medida que me echaban de los sitios fui descubriendo que los guardas tienen su protocolo para esos casos, y se diría que lo han aprendido en la misma escuela, porque lo ejecutan con una corrección impecable. El que me echó del patio del centro de arte al que había ido decenas de veces: calvo, recién entrado en la cincuentena, ataviado con un uniforme gris y poco llamativo, la porra en bandolera; se acercó al rincón donde estaba sentado, se mantuvo a una distancia prudencial e, inclinando el torso hacia delante, como si se asomara desde una ventana, me habló con un tono de voz muy bajo, con unas palabras que no recuerdo y que venían a decir a la vez «Caballero, tenga la bondad» y «Yonqui de mierda, largo de aquí ahora mismo». Con mi aspecto no es de extrañar que me confundiera con alguno de los heroinómanos, en su mayor parte italianos, que menudean por los alrededores del mercado y que, de alguna manera, sobreviven al cierre de los narcopisos y a la expulsión, incompleta, de la mafia dominicana.

(Las primeras veces que visité el mercado como vecino algunas tenderas, acostumbradas al tráfago de las turistas, empezaban la conversación en inglés. «Será que me ven una pinta internacional», le dije a Olga. Ahora tengo el aspecto de la verdadera globalización: el de un drogadicto napolitano prematuramente envejecido que ha seguido, en tren o a dedo, las rutas de la heroína hasta el antiguo Barrio Chino de Barcelona y se ha quedado aquí, a la espera de un nuevo destino.)

Repitió sus palabras, sin moverse, sin hacer aspavientos ni torcer el gesto: bastó con esa pose estatuaria, que, vista desde fuera, parecería casual, para que me levantara poniendo las manos en el suelo y me fuera por la galería, la del centro cultural donde en su día organicé un congreso que fue reseñado en la prensa y señalado como un índice de cambio en las letras españolas –el advenimiento de una nueva

generación, una estética rupturista, the *next big thing*–, el mismo donde solía llevar a mis estudiantes norteamericanas y canadienses para hacer visitas guiadas en inglés, con frecuencia en compañía de las artistas, el mismo donde había organizado seminarios. De donde había entrado como comisario –como emisario de no se sabe qué Novedad artística–, salí como heroinómano.

En cambio, nunca me había alojado en Le Méridien; un día pasé por delante en un momento de flaqueza y pensé en sentarme en sus escaleras de piedra; parecían acogedoras, y el hotel llevaba varios meses cerrado. No contaba, sin embargo, con que el lugar seguía vigilado, precisamente para evitar que los cuatro escalones, que eran amplios, se convirtieran en banco o lecho de los mendigos. Del hall vacío salió un joven alto, con el pelo muy corto; se acercó despacio pero directo y, como hablando al aire, casi sin interpelarme pero arrimándose lo bastante para que su presencia hablara por él, dijo, igual que si conversara con un cliente despistado: «Estamos cerrados.» Pensé que había sido ingenuo por mi parte creer que podría quedarme allí más de cinco minutos, me puse en pie y me encaminé hacia la Rambla.

Esta segunda expulsión me hizo sentir más confirmado, más razonablemente echado.

1996

La cinta de casete de noventa minutos permitía grabar un disco en cada cara. Venía en un papel rojo de celofán y contenía varias etiquetas adhesivas, que usábamos para escribir los títulos. Las That's eran más recientes y baratas; las TDK ofrecían mejor calidad de sonido. En algunas tiendas las vendían en packs: diez a mil pesetas.

Arrojada contra la pared de un golpe seco, de medio lado, la carcasa se rompía de modo que la cinta salía disparada, girando, y se desmadejaba al caer al suelo; volaban astillas de plástico y la cama quedaba llena de restos de carcasa. Cada noche cogía algunas del cajón y usaba ese método para destruirlas. Empecé por las que menos me gustaban, y luego, en orden ascendente, fui destrozándolas una por una. La rabia me sobrevenía después de cenar, cerca de las doce, en el momento en que el Prozac había dejado de hacer efecto. A veces eran solo tres o cuatro cintas por noche; alguna vez llegaron a ser diez. En la pared fueron quedando las marcas de los lanzamientos, cortes breves en el papel floreado. De ese modo destruí toda la colección de thrash metal y de hardcore que había ido acumulando con mimo durante dos años, entre los catorce y los dieciséis.

Aquella mirada suya de extenuación neurótica, la pupila azul que reflejaba tantas horas de vaivén entre el tremor y la euforia, entre aquellas fases suyas de creatividad luminosa y los momentos en que se abandonaba a ese otro arte, el de arrojar contra mí, en su inglés con acento parisino, los reproches, reales o imaginados. Los ojos de Sonja. Parecía envejecer. Fui un *punching ball*. Durante varias semanas. No me resistí.

En el vuelo a Málaga, en un asiento de pasillo del avión de Ryanair, el hombre que, de reojo, me miraba llorar, enmascarados los dos, con sorpresa y, me pareció, con cierta reservada fascinación. Lo recordé tres horas después en el hotel, cuando, recién llegado, en la lívida impersonalidad del cuarto de tres estrellas, volví a ceder y me derrumbé por tercera vez en medio día, esta vez sin espectador, sin nadie que acreditara, intrigado, extrañado, la crisis.

«¿A quién pegas, tú? ¿A quién?» Creí ver el miedo en los ojos de aquel chaval, alto, fibroso, los puños cerrados, preparado para volver a golpearme, a medio metro de mí mientras su pareja tiraba de la correa del pastor alemán, que me ladraba, y ella me gritaba, señalando hacia la Rambla con el brazo derecho, «¡Márchate!» –los peatones parados, mirando–. Cada cual detenido, expectante, en su posición del ring sin decidirse a dar el paso siguiente; él, con la guardia alta; yo, gritándole tan fuerte como podía. La cautela en sus ojos.

«¿Qué quiere decir que *ya no te funciona la cabeza?»* La mirada de fastidio que acompañaba esa frase incrédula, los ojos fijos que decían: «No me vengas con monsergas; esto es un diálogo relajado, tú estás en tu sofá, yo en el mío, se trata de ir contándonos el uno al otro lo listos que somos y lo bien que se nos está dando; ahora una anécdota de viajes, ahora una lectura edificante: esto es un partido de tenis en una cancha londinense, qué haces, por qué tiras la pelota a la grada, idiota; si tienes el día bobo hablemos sobre cine y psicoanálisis pero no me incordies con tus infantilismos, devuelve la pelota, no la tires fuera. Pedazo de imbécil.»

«Parece que te hubiera ocurrido ahora mismo.» La alarma y la confusa empatía en los ojos de Berta cuando, sentados en el suelo ante su mesa japonesa, tras una de sus finas comidas creadas con producto fresco procedente de la red de compra de verduras directa al proveedor, ve una lágrima caer por mi mejilla; la fortuna que el presente me ha deparado, la suerte loca de haberla encontrado, no la puedo valorar, por más que lo intento no logro apreciarla: no hay presente, no hay mesa, solo ecos hirientes, reverberaciones, resonancias, notas fúnebres que en cualquier momento, sin necesidad siquiera de recordar una situación o un momento determinados, resuenan.

Ojo: marco del lagrimal, decoración.

Respuestas a mails en que explico que no podré cumplir con la palabra dada y aporto las explicaciones médicas pertinentes:

«¡Muy bien!»

«¿Y si te damos una semana más?»

«Seguimos...»

2018

Por quinto año consecutivo no tengo trimestre libre. Imparto cinco cursos, tres de ellos en inglés, terminando, como en una etapa del Tour de Francia, en alto: un intensivo en pleno mes de julio con clases diarias de tres horas, incluidas visitas guiadas a 32º y con un 70 % de humedad. La docencia ha ido dejando de ser un trabajo intelectual para convertirse en una tarea física. A la vez, publico un libro en catalán y otro en castellano, seiscientas páginas en total; el segundo lo presento con un monólogo teatral de una hora y media en que me desdoblo en tres personajes y alterno el castellano con dos modalidades del inglés; escribo más de diez artículos extensos en tres idiomas entre revistas digitales, catálogos de exposiciones, una publicación académica y un diario digital; presento libros casi cada mes, empiezo el comisariado colaborativo de una expo que parecía asumible pero cuyo proceso se complica hasta lo impensable: tras una ronda de creativas reuniones y peligrosas ocurrencias en que me falta presencia de ánimo para bajarme del barco, mi incapacidad para decir que no a las propuestas de trabajo me juega mi peor pasada y convenimos en organizar una muestra mutante que incluirá cinco exposiciones colectivas sucesivas, con una compleja rotación de obras entrando y saliendo de la sala en periodos de dos meses y un programa público con un sinfín de actos y performances. El mes de agosto lo paso escribiendo mi nuevo libro; las breves vacaciones navideñas, contactando con artistas, preparando textos de sala y enfrascado en una lista de correo interminable con personas a las que aprecio y a la vez detesto por los Trabajos de Hércules que nos hemos impuesto los unos a los otros. El 9 de enero, sin haber tenido un solo día de descanso, recibo un mail de una persona que dice ser estudiante mía y que se queja de que no he comparecido en el aula. No entiendo a qué se refiere; el curso no empieza hasta la semana siguiente. Al rato me escribe mi coordinadora: el curso ya está en marcha y me he perdido las dos primeras sesiones.

De pie ante el ordenador, grito, grito, grito.

Cuando llegue la declaración de la renta resultará que ha sido mi peor ejercicio fiscal en diez años, y que no he ingresado, ni de lejos, la cantidad que hace falta para sufragar el alquiler y los gastos de una

persona que vive sola y que no tiene coche y no hace más viajes que los de trabajo.

¿Pornografía? He aquí el verdadero porno de los ansiosos:

David Cronenberg, *Scanners* (1981)

Qué alivio sería. Qué placer. Quién pudiera liberar todas esas tensiones, voces, interferencias, hacer de la cefalea orgasmo y de la migraña eyaculación. ¿Por qué fiarlo todo a la breve, dudosa eficiencia de los genitales? Si hemos aceptado ya que la anatomía humana es una extensa zona libidinal y que la sexualidad es, antes que nada, imaginario y repertorio, ¿por qué no ir a la fuente de las imágenes y tratarla como un clítoris o como un glande? Los sexólogos nos reprochan nuestra concepción orgasmocéntrica del coito, insisten en la erótica parcial de los preliminares, pero ¿qué hacer, si esas coordinadas agitaciones en que nos empleamos son también pura ansiedad? Tomar una soga y practicar la asfixia hasta el límite de la vida. Empuñar una Black & Decker y practicar una cuidadosa autotrepanación, de modo que la presión craneal divinamente se libere. Hacer que los propios pensamientos entren en éxtasis e implosionen, que el sucísimo río del monólogo interior rompa rezumando entre emulsiones de sangre y masa cerebral emética, final. La sexualidad del cerebro orgásmico, representada en una línea creativa poshumana que incluye el cine de Cronenberg y los cómics de Miguel Ángel Martín, recoge la ambición de externalizar el cerebro que se remonta a los experimentos vanguardistas con la escritura automática y al exhibicionismo del cráneo podrido de Artaud. Es la consecuencia necesaria de la lógica de la explotación de las capacidades mentales que rige el sistema productivo: piensa más, razona mejor, danos zumo de cerebro, néctar de idea, aprende a pensar con el lado izquierdo del cerebro, *think outside the box*, sé un hombre idea, un cerebelo hipertrofiado, aumenta tus capacidades cognitivas, conéctate a la mente global –a falta de mente propia, haz tuyas las locuras ajenas–, sé el Cerebro de Charles Xavier, sé John Nash, superdotado y esquizofrénico, sé, como John McAfee, el

antivirus y el ahorcado, usa el *mindfulness* para domar tus ideas, el *brainstorming* para excitarlas y la *deadline* para rematarlas: colapsa, revienta con ellas, cae redondo. Disfrútalo. Es solo sexo.

La muerte. La ruina. El tremor nervioso. Y la anticipación misma. El brote agarra del futuro esos temores y los trae aquí, me los hace vivir ahora, en un instante sostenido donde los duelos del pasado y las preocupaciones del porvenir se unen en un puño cerrado. La necesidad burguesa de prevenir, el imperativo consumista de ser un *early adopter*, la capacidad de anticiparse a las modas que se le exige al trabajador de la industria cultural, el Círculo de la Funesta Manía: todas esas exigencias implosionan en este momento. Los miembros del Círculo, benditos seamos: dotados de radares ultrasensibles, detectamos los manejos de la ideología, los denunciamos para el bien común. Destapamos los faroles. Todos menos uno: la Ideología de la Satisfacción Estética. La creencia ciega en el goce de una obra, en el valor de su autor, en su mágica capacidad para crear Conciencia. Siervos somos de esa refinada superstición. Estajanovistas de lo nuevo y de lo bello: estajaesnobistas. Fingidores de orgasmos estéticos, afectados de un Síndrome de Excitación Sexual Persistente que nos lleva a percibir y loar la grandeza artística allí donde se encuentra –en todas partes, en cada renglón de novela y, ¡oh!, ¡ah!, en ese plano secuencia, ¡ese plano!–. El cuerpo estajaesnobista, agitado por placeres exquisitos y epifanías convulsivas, titilante, es, asimismo, el cuerpo que brota: el que, presa de una especie de posesión demoníaca, se ha perdido a sí mismo y resuella, resuella, hoza.

¿Desbloquearme? ¿Para qué? ¿Para volver a ser mano de obra barata en la mísera industria del Saber y de las Artes? ¿Para que unas cuantas instituciones insolventes se repartan las últimas mollejas de este cerdo flaco y gris? Olga me abandonó, me dejaron la mayor parte de mis lectores, no sirvo. Quizá sea mejor ser un inútil.

Asustado por lo que puede hacer mi cabeza ahora que se avecina un nuevo desengaño.

El día roto.

Dar tumbos hasta la puerta. Encontrarme con gente en un sepelio. Que crean que lloro por el finado.

El dolor busca su tema como un escritor ocioso. Pasea por territorios devastados. Hace turismo de la catástrofe. Se demora en las periferias de la alegría, se orienta hacia el sur del sol. Una buena caminata matinal en los tramos de ceniza, entre pinos muertos y cosechas perdidas.

Es conclusivo. Durante el brote apenas se piensa; por un breve lapso,

la engañosa ilusión de haber apagado esa radio mental, esa emisora primordial que emite su frecuencia desde un planeta muerto.

Jíbaro: cortarme la cabeza, sumergirla en líquidos y ungüentos, ponerla a secar. Sentarme a contemplar, decapitado, el balón reducido al atardecer. Y qué son las bibliotecas, si no muestras de cráneos licuados, carne de folio.

Pasto de las termitas, mi cabeza. Me comen despacio.

Puede haber alguna forma de libertad que consista en perder todas las facultades.

Después del brote, los temblores persisten durante unos minutos.

Las manos, la piel, el pelo: nada me pertenece ya, es propiedad de una fuerza sorda que surge del interior para quebrarme.

Es mediodía; la sierpe sestea en su rama. Los momentos de calma son solo preparativos para el pánico.

Dame una tregua, cabeza. Por favor.

Habituado a la inminencia del llanto, el peso de los párpados, el iris dispuesto.

¿Cómo era capaz de hacer todas aquellas cosas? ¿Qué senda me llevaba a lo largo del día?

«¡Feliz año!», dice una postal.

La ira se manifiesta de manera inopinada. Imagino a una de las personas a quienes culpo de mis fracasos. En medio de una conversación cordial le hago una pregunta que requiere reflexión, le dejo que lo piense y, cuando arranca a hablar, concentrado, ensoberbecido en la segunda o tercera frase, le doy un puñetazo en la boca. Le rompo el labio superior, o un diente. El impulso lo lanza hacia atrás. Trastabillando, intenta recuperar el equilibrio, pero le doy una patada en el tobillo y lo hago caer. Una vez está en el suelo, ya es mío. Le doy una patada en la cabeza. Un talonazo en el cuello. Me pongo a horcajadas encima de él, le agarro del pelo con las dos manos y le golpeo la cabeza contra el suelo. Una vez. Otra. Noto las manos tan crispadas que le arranco un mechón de pelo. Le reviento el cráneo. La rodilla derecha apretada sobre su cuello, le vuelvo a agarrar del pelo y con todas mis fuerzas hago girar su cabeza hacia la izquierda. Como no oigo el crujido del hueso lo vuelvo a intentar, lo hago de nuevo y tiro de su cabeza atrapada hasta que le rompo el cuello. Noto sus últimos espasmos. Está muerto. Lo he matado, y no dejo de golpearle la cabeza contra el piso.

La imagen se repite, y van desfilando sus distintos protagonistas.

El episodio. El brote negro. Los terapeutas dedican grandes esfuerzos a intentar que el paciente, en ese instante sin bordes, en esa bruta intensidad, sea consciente del tiempo. No dura para siempre, dicen.

Tiene su pico y su descenso. Mira el reloj. Pon música. Nosotros, los que brotamos, nos esmeramos en introducir un sentido de la duración que nos haga sentir que terminará, antes de lo que parecen indicar los flujos y reflujos de los nervios exacerbados. Alguno de los gritos tiene que ser el último; quizá sea este. Quizá el siguiente. Trato de atenuarlo infligiéndome dolores menores. Me agacho y abro la nevera, abro el congelador, saco la cubitera, la vuelco en el fregadero, cojo un cubo con la mano izquierda y me lo restriego por el brazo derecho, de un lado y del otro. Repito la operación con el otro brazo. Me cambio el cubito de mano. Termina por deshacerse; agarro otro, me quito la camiseta y me lo restriego por la espalda. El hielo súbito me hace gruñir; a la sensación de frío le sucede enseguida un efecto reactivo de calor. Noto como los nervios se distienden un poco, pero no lo bastante: estoy demasiado acostumbrado al agua fría, que empecé a usar en una época en que la somnolencia matinal era muy fuerte; me habitué, y ahora el agua tibia me repugna y el hielo no le parece, a mi piel, lo bastante helado. Golpeo el suelo con los pies, haciendo resonar las plantas de las zapatillas, en un conato de marcha militar que me proporciona cierta sensación de poder imponerme mi propio ritmo. Siento como si tuviera un motor interno que se ha desencadenado por su cuenta, y la energía que me falta en mis actividades cotidianas surge ahí, un ansia fútil de Hulk desempleado, una ola rota. Cuántas veces, en medio de un brote, he mirado al balcón y lo he visto tan cercano; ni siquiera haría falta una silla: solo un salto me separa del aire limpio y el fin; es un cuarto piso, la altura es suficiente. ¿Y si le caigo encima a alguien? Podría calcular el salto para evitar las aceras y acabar en la calzada, en el medio; de ese modo, en el peor de los casos, caería sobre el capó de un coche y, de todos modos, la calle no está tan concurrida. Sí, puedo hacerlo, preparar el salto, corregirlo en plena caída para ir al medio: al fin y al cabo, ¿no es eso lo que he estado haciendo siempre? ¿Buscar el tramo intermedio entre dos caminos? Entre las instituciones y las alternativas, entre el catalanismo y el españolismo, entre los archivos y el caos, entre lo masculino y lo femenino, entre las capacidades y los defectos. Tendría sentido terminar así, hecho un amasijo de sangre y astillas de hueso en el carril de en medio, mi odiosa cabeza reventada al fin. Los viandantes tomarían fotos de mis despojos, se las enseñarían a sus amistades, y yo, el resto desencajado que quedara de mí, diría, desde el fondo de la pantalla: Miradme. Lo he logrado. He encontrado el punto medio. La diplomacia. La conciliación. Conseguí evitar las aceras. Yo estoy en el buen camino; la carroña que queda de mí es el camino. Seguidme.

Pero cualquier intento de pautar y modular las fases del brote será en vano, porque en la efusión y en los temblores, cuando todos los sentidos se concentran en ese punto ciego de desesperación, no puedo

sino sentir que una fuerza sin fortaleza y un estallido sin explosión crecen en mí: emerge, rotunda, la negrura, se transmite por los nervios y cancela cualquier otra forma de sensibilidad; alarido de alarma, abomino de mi propio cuerpo, incapaz de colapsar de una buena vez: sucia, roja emergencia, la del trabajador que empieza su carrera y no logrará continuarla, la del artista que se quedará para siempre en el estatus de promesa, la alarma mediática permanente, la emprendeduría en quiebra, las economías nacionales que un día se llamaron, con orgullo, «emergentes» y hoy son pozos de deuda refinanciada, el hálito inútil, la zanja creciente, un arpegio sostenido.

Llega desde la calle un sonido agudo, acuciante, que en primera instancia me parece una fanfarria de feria acelerada. Me incorporo en la cama; el sonido se vuelve más cercano y se combina con otros dos iguales. Por un momento pienso que debe de ser una sirena de policía; quizá la artista austríaca ha vuelto a enfrentarse con sus enemigos imaginarios y los Mossos vienen de nuevo a acallarla. Me levanto de la cama y salgo al balcón.

Lo primero que veo es a un hombre señalando hacia mí con el brazo izquierdo y hablándole a un enorme uniforme azul veteado de listas amarillas que, bajo un casco de metal, parece contener a otro hombre, a quien imagino muy pequeño, o muy grande. Miro hacia la derecha.

Cuento uno, dos, tres camiones de bomberos. Bloquean la calle, rodeados por vecinos que miran hacia arriba.

Y así se añade otra cosa más a la interminable lista de Cosas que Debí Haber Hecho: media hora antes, antes de tomarme el Orfidal, tenía que haber dado explicaciones a los vecinos, aunque fuera desde el balcón –aunque fuera a voces.

Suena el timbre de la puerta de abajo.

Me froto las manos y, hablando solo, empiezo a improvisar una explicación, algo claro y consecuente. Algo como «Sí, ha sido un mal momento; ahora, con el Orfidal, estoy mejor, me he recompuesto; lo de hace un rato es agua pasada, no me lo tenga en cuenta, es verdad que por unos instantes –ni siquiera sé cuánto duró, quizá fueran menos de cuatro minutosla desesperación subió en vertical y se adueñó de mí y las termitas me devoraban, solo sabía que tenía que berrear, tan alto como pudiera, esta vez no bastaba con golpearme, había llegado al ápice y gruñía como un cerdo, solo sabía que me hacía falta aire fresco y por eso corrí hacia el balcón, me tiré al suelo, me tapé la cara con las manos y allí me quedé gritando junto a la maceta del aloe seco, debí de gritar demasiado alto y escuché al turista alemán, desde el balcón de la izquierda, diciendo *“Are you OK, man?”,* pero en aquel momento sentía que si lograba modular los berridos, pautar su ritmo, respirar hondo entre uno y otro, entonces no sería tan grave, sí, sé que estaba

tirado allí fuera componiendo la escena que precede a una autólisis o al salto pero lo cierto es que esta vez no pensaba en el salto, ¿pensar?, ¿cómo?, yo ya no hago eso, solo estallo, solo soy un termitero, solo digo "termitas"»...

Luego, el desfile de la doctora y los tres bomberos –entre los cinco llenamos el piso–, la voz analgésica de ella, la ronda de preguntas de manual con las que intentaba elucidar si se me podía dejar solo o había que derivarme a la clínica –la vecina del piso de la derecha, que había dado la voz de alarma, insistió luego, en el portal, en que me llevaran con ellos–, y durante un rato solo soy una máquina de dar las gracias y pedir disculpas, a todo el mundo, a todos menos a los vecinos filipinos, en los que no pensé hasta pasada una hora, porque no se me ocurrió, quizá porque me habría sentido humillado yendo a llamar a su puerta, a ellos que acababan de instalarse, toda una familia, con armas y bagajes, y cada domingo invitaban a comer a unos amigos suyos compatriotas; sí, así fue, me excusé con los vecinos blancos, no con los filipinos, tampoco a los dos días, cuando me encontré con uno de ellos en la escalera, que me había dicho su nombre pero no lo recordaba. No memoricé el nombre del filipino. No le pedí disculpas. No le dije: «Hola, ya lo ves, ya lo has oído, tú eres el vecino recto, probo, confiable; yo, la escoria de la Plaça de la Gardunya.» Luego, en redes, sigo a cuentas que critican las políticas de emigración y doy *likes* a todo cristo que usa la palabra «eurocéntrico», pero la verdad es que nunca le dije que la Razón estaba de su lado del tabique y que de mi lado solo había ruinas, me avergonzaba decírselo. Nunca se lo dije.

Cosas que han dejado de ocurrir:

Subir a un avión con destino Bogotá para hacer una actuación y, mientras busco mi asiento, recibir una llamada del DF para participar en la Feria de Guadalajara. Una invitación para hablar en Buenos Aires. En Lima. En Montevideo. En Córdoba, Argentina. En Córdoba, Andalucía. A Murcia llegué a ir tres veces en un año; el aeropuerto de Almería, el más próximo a la ciudad, lo acabé conociendo como el comedor de mi casa. Ahora, en cambio, me arrastro como una rata suplicando, mail tras mail, que me dejen presentar un libro allí, y luego el libro siguiente, y solo obtengo vagas promesas en el primer mensaje y silencios en mis siguientes solicitudes. En su día llegó a preocuparme estar participando en demasiados jurados de premios, becas, convocatorias públicas; conocía a demasiadas personas que optaban a ellas, empezaba a tener la presencia pública de un pequeño mandarín. Hoy no tengo ese problema: ya nadie me pide que lea dosieres, que tome decisiones, que contribuya a escoger a los nuevos artistas y escritores emergentes. Poco a poco, sin escándalos ni aspavientos –sin que mis continuas publicaciones pudieran evitarlo–

mi espacio se ha ido reduciendo y ha ido desapareciendo mi nombre. Ya no hay ferias del libro. Ya no hay festivales. Apenas hay conferencias. Pasan semanas entre un acto y el siguiente. Casi nadie me pide que le presente su libro ni que le haga una reseña: mi criterio ya no cuenta. Después de catorce años de actuaciones, después de haber formado tres dúos de *spoken word* y tras decenas de espectáculos y festivales, mi carrera lleva dos años en punto muerto, o está acabada: apenas, de tarde en tarde, a algún gestor cultural se le ocurre marcar mi número. «Un pez acaso me recuerde», como escribió Panero.

Un residuo de la industria cultural.

No hay carreras. Solo gincanas. Como en las escalinatas paradójicas de Escher, cada peldaño es un descenso; cada paso, un retroceso.

¿Qué es lo más grave? ¿Qué me había afectado más? Algunos de mis amigos llegaron a insinuar, sin decirlo a las claras, lo que yo mismo pensaba con frecuencia: que si había logrado sobreponerme al duelo por la muerte de mi madre, que padeció una devastadora agonía, y, poco después, al fallecimiento de mi padre, que no sufrió menos, incluso aunque en ambos casos había hecho de cuidador, parecía incoherente que no lograra, en cambio, superar una ruptura sentimental, y que los recuerdos de esa separación, repetidos de manera obsesiva, cada día, dieran forma a un trauma que se prolongaba durante años y que, lejos de remitir, rebrotaba en fases de padecimiento psíquico particularmente intenso. Como si la presencia de ánimo que había mostrado en el pasado me hubiera fallado en una ocasión menos dolorosa. Así, a mis sentimientos de culpabilidad y autodesprecio por el estancamiento de mi carrera se añadía la conciencia de un error de evaluación en los daños sufridos. Este asunto aparece en otros recuentos de los males que configuran el dolor psíquico y, según pude comprobar, suele combinar dos factores: la jerarquía de los sentimientos y su relación con el género. En el relato de su depresión, en la parte donde imagina su suicidio, William Styron se hace eco de la sorprendente explicación que en su día se dio de la muerte por propia mano del superviviente por antonomasia, Primo Levi: «asumir la carga de su madre paralítica resultaba para su ánimo más oneroso aún que su experiencia de Auschwitz». Se trata, como en todos los menesteres que tienen que ver con el suicidio, de una especulación, y no cabe descartar que las fuerzas que el escritor italiano hubiera necesitado para atender a su madre las hubiera gastado todas en el campo de exterminio; de una manera análoga imaginaba yo mi propio caso, como el de alguien que ya había agotado su capacidad para lidiar con las experiencias extremas, lo que se añadía a la certidumbre, que he tenido desde siempre, de que con

los años las personas empeoran y se gastan. Por otra parte, a la luz de los debates actuales acerca de las prácticas e industrias del cuidado, no cabe descartar la hipótesis de que a Levi le matara su propia educación de género: la formación que le preparó para comportarse «como un hombre» en los peores momentos de la guerra pero le dejó sin recursos en la posición «feminizada» del cuidador. La cuestión de la masculinidad en la evaluación de las desgracias apareció también, hace ahora unos años, con motivo de la publicación de las memorias de Carlos Castilla del Pino, y en particular de un pasaje donde explicó, con desconcertante sinceridad, que perder el concurso para una cátedra universitaria le había afectado más que la muerte de su hija. No parece una confidencia casual; se diría que, con ella, el psiquiatra trataba de dar una lección complementaria a las que se encuentran en su monumental estudio sobre las emociones. La lección, si lo entiendo bien, es que en la forja del yo masculino tiene importancia una gradación de los males posibles en la cual se imaginan, a fin de salvaguardarlo, explicaciones plausibles. En el caso de su hija pudo agarrarse a una explicación biologista (fue una enfermedad incurable), mientras que en el otro hubo de sentir que era su identidad por entero la que quedaba irremediablemente dañada por la humillación profesional.

Los dos casos, que por otra parte no podrían ser más distintos, parecen tener en común la conciencia masculina de que el problema de salud vivido por una mujer es una desgracia contra la que nada puede hacerse.

Gigantes. Enormidades. Titanes

«El que yo hice», decía mi abuelo, «y ahora te reirás, fue el mejor club de tenis de Europa.»

«Cuando Miguel Ángel mostró por primera vez el *David»,* decía mi madre, «un pintor secundario, que había ido a verlo, volvió a casa y se suicidó.»

«Cataluña», decía la directora del colegio, citando, acaso sin saberlo, a Joan Maragall, «debe liderar España en la educación, en la cultura y en la industria.»

«El club de fútbol más rico del mundo.»

«¿Tú no quisieras ser un artista de los grandes?», pregunta Miquel. Entre él y yo, adolescentes creativos ensayando sus primeras tentativas –él en el cine, yo en las letras–, sus palabras suenan como una pregunta retórica.

¿Es que acaso cabe otro destino?

La ciudad olímpica de la que el mundo entero estará pendiente

durante los próximos seis años.

Los mejores Juegos Olímpicos de la Historia.

«La universidad más moderna de Cataluña», anunció la rectora, en el acto de inauguración de la facultad. Unos días más tarde, Hèctor, uno de mis mejores amigos, en el receso entre clase y clase: «Nosotros somos la élite de la élite.»

Gigantismo. Megalomanía. No podía reírme con las palabras de mi abuelo, como tampoco era capaz de relativizar las bravuconadas que escuchaba por doquier, porque eran las expresiones, rutinarias y aceptadas, de una ideología de la grandeza, «ande o no ande», que campaba por doquier y que, cuando yo aún no levantaba un palmo del suelo –ni diez años tenía–, ya me había convertido en siervo de las hipérboles, cantor de los delirios y aspirante a la enormidad. Todos deliraban: allí donde miraba no había sino genios, próceres, patriarcas, mesías, emprendedores. Iluminados. La Razón era suya.

A pasos agigantados.

Aspirar. Encumbrarse.

«El gran novelista nos recuerda, en cada línea, las distracciones que rechazó.»

Pocos años después descubriré con perplejidad que a principios de los ochenta la filosofía posmoderna había proclamado el fin de los grandes relatos, y que esa convicción recorrió la década como un credo.

«El fin de los grandes relatos civilizatorios.»

La generación mejor preparada de la Historia.

Y, a la vez, otra corriente cultural, incompatible: un imperativo de modestia, de contención; una formalidad exánime en los gestos, en el vestir y en el habla. Sed británicos. Fue Hèctor, dos años mayor que yo, el primero en darse cuenta de la contradicción flagrante entre esos dos mandatos cuando, al intentar publicar sus primeros libros, de títulos grecofílicos, se dio de bruces con editores que, como si procedieran de un mundo distinto, le pedían, al escritor joven, literatura costumbrista, le recomendaban que quitara las notas de su poemario «para no parecer pedante»: le pedían que fuera un buen chico y que siguiera siendo, durante años, «joven» en el sentido más condescendiente y perdonavidas del término.

Mientras tanto, Ana, en una nota garabateada en clase de Historia Moderna: «Seremos mejores que la Generación del 98. Y ganaremos más pasta.»

Gloria. Loor.

«Estoy componiendo un poema», decía Martín. «Lo llamaré "Meditación del siglo XXI".»

Hasta que un día Miquel abre la puerta de casa de su madre, se planta en el salón en dos zancadas y proclama: «Soy el hermano menor

de Jesucristo.» Lo repite, ante la estupefacción de su familia, varias veces, y procede a argumentarlo con un extenso soliloquio. Desconcierto. Terror. Llamada a Urgencias. Ambulancia, forcejeo con enfermeros, ingreso en hospital psiquiátrico. Pocos días después, su madre, agotada, me llama, me cuenta el diagnóstico. Brote esquizofrénico. Había antecedentes familiares; se les añadió una dosis excesiva de cocaína en plena mañana. No había ayudado que el «grupo de discusión sobre Historia de las Religiones» al que él y otros amigos comunes asistían desde hacía meses resultara ser, al cabo, una secta.

Unas semanas después, sentados en el banco de un parque de Sarrià, Miquel, recién dado de alta, con la mirada perdida, la voz tomada por el Haloperidol, pregunta: «¿Cómo haces para evitar caer en pozos de autocrítica?» Respondo alguna estupidez sobre inteligencia emocional, que, a principios de los noventa, es la jerga de moda, mientras pienso que cómo podría evitarlo. Que vivo ahí.

Encumbrar y derrocar, aspirar y desesperar.

Me irrita la perplejidad con que los amigos reciben las noticias sobre su enfermedad y se recrean en los detalles de sus expresiones. ¿Y qué tiene de raro? ¿Acaso no hemos vivido siempre en pleno brote? La tensión y las contradicciones que nos han constituido ¿no llevan, por pura lógica, al brote esquizofrénico?

Me dicen que diga quién soy.[1] Pero yo no soy propiamente yo mismo.[2] ¿Qué es este intervalo / que se desliza entre yo y yo?[3] Abismo, ¡ay! / Entre un yo y un yo mismo.[4] El yo es un ausente / al que enviamos cartas / que sabemos que nunca han de llegar. / Hoy le escribo la última / porque sé que mi yo nunca vendrá.[5] Bienaventuradas las reglas de la métrica / que (…) nos liberan de los grilletes del yo.[6] Me metieron en el tren, con mis documentos, cualesquiera que fuesen. Yo me había deshecho de todos, pero por lo visto habían reaparecido.[7] Lo que siempre supo, lo que siempre le hizo pensar –y cuando digo «pensar», quiero decir reír y llorar, sufrir, rezar, atormentarse–, habrá sido siempre la sensación acerada de la infinita distancia que separa el «auto» de sí mismo, el abismo desfondado de y en la presencia consigo: nada más, no experimentó ninguna otra cosa.[8] Pero uno, además, es mucha gente.[9] Con tantas voces en la cabeza, ¿cómo puedes oír la tuya?[10] Una autobiografía, en este sentido, tendría que ser sobre todo el testimonio de un desconocimiento.[11] Esta calma neblinosa de las 11.39 del mediodía, este estar sin terminar de sobrar del todo, ¿quién los dice? ¿Quién escribe? ¿Es, quizá, el Dormodor, que me facilitó anoche un sueño correcto, con su apropiada fase REM y sus ciclos regulados de profundidad y superficie? ¿O acaso el Dormicum, que, tomado a la vez, con el agua en vasito de vino que reservo para esas ocasiones, cumplió con la misión que el Orfidal y el

Rivotril, compañeros durante meses, mis golosinas, ya no eran capaces de realizar, ahora que me había acostumbrado a sus efectos? ¿Es en la feliz combinatoria entre esos dos fármacos donde ocurre esta frase, interrogativa pero no alterada, más curiosa que extrañada? ¿Es que mi cuerpo ha aprendido ya a esperar con cierta alegría el advenimiento del Neurontin, ese *deus ex machina* que, poco antes de las comidas, toma el testigo de los efectos de los somníferos y parece mantenerme en un arrecife de calma, lejos de los picos de desesperación? ¿Puede ser que la noble prosapia que desde finales del XIX cuestiona con tanta elegancia las fuentes de la identidad y las enterezas del ego no sea más que una cuerda de intoxicados, un tobogán de yonquis? ¿No será que en estas torpes preguntas existenciales se halla un leve sosiego que no puede encontrarse en las efusiones del yo autosuficiente y redondo? Pero yo, ¿soy propiamente mi droga?

Mail a una psicóloga conductista

De lo que hablamos en la sesión más reciente se me quedó, sobre todo, la distinción que estableciste entre «ideas intrusivas» y «ruminaciones». Lo he estado pensando y tratando de distinguir entre unas y otras. Entiendo que estas son una prolongación de aquellas, con mayor desarrollo y más narrativa, con una historia negativa, completa o en fragmentos. Durante estos últimos días he tenido más de las primeras que de las segundas. Ha ocurrido que las ideas intrusivas, por sí solas, pueden desencadenar episodios como el que motivó mi llamada telefónica. También veo que en ambos casos resultan paralizantes o, como tú dices, improductivas. No solo en el momento en que las estoy teniendo, sino también después, porque cuando he estado un rato «pensando mal de mí» se me hace muy difícil volver a una actitud constructiva, a tener expectativas y ser proactivo.

Estoy tratando de seguir el principio de aplazar estos estados mentales para una hora determinada (las ocho de la tarde). Supongo que aún no lo he hecho suficientes veces para que empiece a funcionar. Creo que entrar en estos estados mentales negativos no está motivado por pasar demasiado tiempo solo; también me ocurre a veces estando con amigos, o en un lugar público. Estar en público sí que puede atenuar estos estados; por ejemplo, este mail pensaba escribirlo en casa, pero empecé a tener ganas de llorar, y creí que era mejor coger el portátil y llevármelo a un café, donde escribo esto.

En el último trimestre del año pasado fui a la piscina a diario; ahora llevo más de un mes sin ir. Dejé de nadar a raíz de un resfriado, al que siguieron varios viajes de trabajo consecutivos, y perdí la costumbre. Quizá me sentaría bien recuperarla aunque fuera con menos

frecuencia, pero es otra de las cosas que ahora se me hacen cuesta arriba; además, hace más frío. Nadar me ayudaba a reducir las ruminaciones; en los últimos tiempos he sentido tristeza con más frecuencia que ansia.

Lo que en nuestra conversación por teléfono llamaste «llanto ansioso» es en parte un síntoma de la inquietud que me produce hacer un cambio grande en mi vida –y por ahora las gestiones que he ido haciendo para encontrar piso no han dado resultado–. El proceso me da miedo, y me hace añorar la época en que no tenía que hacer esto, ni se me ocurría que hubiera que hacerlo alguna vez. Otro miedo que ha ido creciendo en mí es el temor a que el manuscrito que entregué hace meses a la editorial donde he publicado mis últimos libros sea rechazado. No me siento preparado para ese rechazo.

Se me ocurre que «añoranza» es la palabra más precisa para designar el estado de ánimo en el que caí el día que te llamé –y que llega a ser «añoranza desesperada»–. Mi madre tenía tendencia a caer en esos estados, así que podría haber algo genético en eso.

Sé que hay personas que me ven como alguien fuerte, en cuanto al carácter y a la decisión; yo no me percibo así a mí mismo: a veces me embarga una sensación de desvalimiento que es más propia de un niño, y que no se corresponde con la situación en la que estoy.

¿Y el que grita? ¿Quién cuando, en el súmmum de un brote negro, con un gruñido de perro sarnoso, entre inspiraciones y expiraciones atropelladas, chillo, con la garganta agria, hasta quedarme sin aliento y, atleta del bramido, solo respiro con tal de reunir fuerzas para volver a chillar? El grito, ¿lo creo? No me lo sé creer del todo porque a veces los he ensayado, he hecho mis ejercicios de respiración y he escogido el momento en el escenario; siempre hay un momento, muy preparado, en que suelto la voz. Como en aquel anfiteatro de Bogotá, poco antes de que el músico experimental Francisco López nos hiciera vendarnos los ojos con pañuelos negros para escuchar a ciegas una grabación de la selva virgen de Costa Rica: mi grito fue solo el prefacio a los sonidos de las cicadas en las ramas. O aquella otra vez, en la fiesta teatral en que Diana Pornoterrorista se despidió para marcharse a México; allí mi aullido fue otro prólogo, a la eyaculación de Diana sobre el público, su didáctica sexual, asistida por su pareja. O cuando inventé a un vigilante nocturno que acababa a tiros con la cultura moderna, o a aquel otro personaje que hablaba inglés sureño y proclamaba la belleza de las bombas atómicas.

Pero siempre es representado, es una cita de otro que abre la boca muy despacio, como un actor alemán de teatro expresionista; ahora la palabra en calma lo sustituye, lo simula, es su sucedáneo. Y nunca viene solo: es el cuadro, y todos los artistas que lo han versionado.

Después de Munch, sin él, el grito al óleo, el aullido pintado, es ecualizado, remezclado, convertido en pista de sonido. *Dernier cri*. Transformado en onomatopeya, estilizado, integrado en la viñeta, se convierte en icono, muta en señal y en emoticono. El tráfico gira a su alrededor, porque, como saben los sociólogos, nada hay más fascinante que contemplar los miles de silenciosos acuerdos sociales que se requieren para hacer posible una hora de circulación en torno a una rotonda. Las múltiples versiones del cuadro no son parodias, sino que cada una de ellas identifica una forma particular del sentido civilizado. Toda una cultura afectiva controlada, taxonomizada, se despliega en torno a un vacío central, a un sentimiento que ya no nos pertenece. La angustia, la que el grito expresa, es objetiva: es el reflejo de un temor fundamental al mundo entero. Así Wittgenstein: «El problema es este: el grito, que no es una descripción, y que es más primitivo que cualquier descripción, sirve, no obstante, como una descripción del estado anímico.»

«¿En qué contexto», se pregunta, «se ha articulado el grito?»

En la misma línea inquieren Deleuze y Guattari: «¿Qué es un grito independientemente de la población que invoca o que toma como testigo?» Y la artista Eugènia Balcells: «Me parece que hemos dado demasiada importancia a las ideologías y a las historias personales de cada cual. Yo pondría como ejemplo de esto *El grito* de Munch, un grito del siglo XX. Ahora este es un momento en el que hemos explorado esta *angst*, esta dualidad de náusea hasta el absoluto final. Ahora entramos en el momento de la colectividad, de aportar al conocimiento común, entramos en otra conciencia.» Vivimos, pues, en la onda expansiva de un sentimiento al que ya no tenemos acceso, de una pasión perdida. Alguien grita a través de mí; cuando no soy capaz de retenerlo, cuando soy griterío, soy todo el mundo excepto yo mismo, soy la caja de resonancia de una patología comunal. ¿Quién no grita?

1982

Los tics empiezan a los nueve años. Primero, crujir los nudillos; más tarde, los tendones. ¿Por qué no antes? Deberían haber comenzado el año anterior, cuando el divorcio enmascarado, el cambio de colegio y la manifiesta locura de la profesora, una manipuladora emocional de primerísimo nivel, me sumen en un estado de tensión tan intensa que me provoca náuseas continuas. Vomito el desayuno, el bocadillo de la hora del patio, el rancho de lentejas con su caldo de barro líquido. En mitad de un examen de ciencias que, por miedo al castigo, he preparado bien, vuelvo a sentir un desorden amargo en el estómago,

me levanto sin pedir permiso, corro al lavabo, vuelvo a echarlo todo. Cuando recupero el resuello vuelvo al aula; la bata de cuadros blanquiverdes, manchada, me delata. La loca, que tiene nombre de virgen y de montaña, finge sorpresa, me mira con reprobación no exenta de odio, me castiga sin hacer el resto del examen. Por haber vomitado. Me quedo quieto en mi pupitre mientras mis quince compañeros siguen escribiendo en silencio con sus plumas estilográficas. Pienso que ya no me dejarán ir más a la escuela y que el terror a encontrarme cada día con la loca será sustituido por el miedo a ser un mendigo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que ella, desde el pódium de su mesa, rompe el silencio y, hablando al aire, con pedagógico desdén, me autoriza a proseguir. Vuelvo a tomar la pluma, consciente de que he perdido mucho tiempo y no podré terminarlo y, agarrotado, apestando a vómito, escribo lo que ella quiere.

Hoy sigo en esa aula, un churumbel tembloroso vibrante de angustia y vestido de potas. Sigo escribiendo lo que una trastornada me manda.

Todo es un error: hace casi cuarenta años me devolví, alguien fregó el suelo con una Vileda y volcó el agua sucia en la taza del váter. Me fui por el desagüe y no se supo más. Quien me escribe le habla a un trozo de mármol y cañerías.

Hay un tipo de extenuación a la que solo se llega después de dos brotes consecutivos. Los pulmones no dan más de sí. Los ojos se han secado. Una somnolencia leve se va expandiendo. Cuando llego a ese estado me viene a la memoria aquella expresión de Handke, «radiante de cansancio», con que designaba la fatigosa satisfacción tras una tarde de escritura fructífera.

El primer libro que publiqué, escrito entre los diecisiete y los dieciocho, era el recuento de mi adolescencia, que incluía, a su vez –con la buena intención de la que están empedrados los infiernos de las letras–, una parodia de los motivos recurrentes de la literatura sobre la primera juventud y, con ella, un capítulo metaliterario en que intentaba un recorrido por las novelas de ese género que más me habían impresionado, poniendo el énfasis en los protagonistas violentos y en los actos de brutalidad. En cada uno de mis libros siguientes seguí, con distintas variantes, un método parecido: leer todo lo legible acerca del tema que iba a tratar, preparar una bibliografía –*Bibliografieras* fue el título de mi cuarto proyecto, inédito en formato libro pero felizmente disperso en antologías y revistas publicadas en España, México y Estados Unidos– y plantear el texto, en parte, como un recorrido crítico por esas fuentes, tratando de construir lo que a Judith Butler, hojeando uno de ellos en un restaurante local y fijándose en algunos títulos de capítulo, le pareció, a primera vista –

fue muy cordial–, «una forma erudita de la sátira».

Por primera vez he renunciado a ese método. Me da lo mismo lo que se haya escrito sobre temas semejantes. Volver a mi método implicaría que mi vida está prosiguiendo (y no es el caso), así como depositar mi confianza en el conocimiento, en la tradición, en la cultura, en el trabajo.

Que otros, más optimistas, menos baqueteados, hagan su elogio, retórico o sincero, de estas cuatro cartas.

¿El conocimiento?

¿La cultura?

¿El trabajo?

¿La tradición?

Sirva esta modesta oración sin palabras como una versión, anticuada y verbosa, del popular emoticono que representa un rostro contraído, con los ojos cerrados y las cejas circunflejas, vomitando un engrudo de color verde.

Glenda Jackson as Charlotte Corday c'est moi

La revolución no os la puedo hacer, pero me sé una tonadilla.

El magnicidio no es mi fuerte, me da sueño; pero una canción, una balada…

El Hombre Nuevo del Socialismo *c'est pas moi*, que me caigo rendido en todas partes, pero dum dum dum te dum…

La Revuelta tiene sus bandas sonoras –todas malas, todas cursis, conmovedoras: escuchadas una vez, las retenemos, nos parasitan, como «gusanos del oído» en la expresión de Peter Szendy–. Pero parece haber también cierta incompatibilidad entre el alzamiento comunal y la expresión sonora. Como si resultara demasiado simple, *poco dialéctico*, embriagarse de notas –como si memorizar unas sílabas rimadas fuera una operación demasiado primitiva para la toma de conciencia general que se le supone al Espíritu alzado en armas.

«¡Es que soy yo tal cual!» Contra las poéticas clásicas, que valoran la empatía con los personajes, siento que hay algo trivial y narcisista en identificarse con un ser de ficción: un doble error que conduce a malinterpretarse a uno mismo y a malentender las cuitas del protagonista.

Peter Weiss, *Marat/Sade* (1964). Versión cinematográfica de Peter Brook (1967). Acto I, Escena 7. Ataviada con una sábana blanca de demente chic, Charlotte Corday dormita apoyada en el muro. Llega su turno de entrar en escena. Sigue durmiendo. «¡Corday!» «¡Corday!» Fijaos: la indicación del director de escena se confunde con los aullidos de los *alienados* que le hacen coro. Locos y cuerdos la reclaman.

La serpiente, cuerda y demente, la llama.

Sigue durmiendo, Charlotte. Duerme la dulcísima narcolepsia de los justos, los indiferentes. Por el bien de todos. Si despiertas en la pesadilla de la historia no podrás amanecer de nuevo.

«¡Corday!»

Glenda Jackson, que es Charlotte Corday, que soy yo, agita la cabeza, súbitamente atribulada, abre los ojos, se despereza, entra en el día rojo de la historia a trompicones. No como esas malas actrices que, representando el papel de una mujer recién levantada, a los treinta segundos ya hablan y gesticulan como si llevaran horas en pie.

(La acotación dice: «Insegura, soñolienta.»)

Canta, Corday, la canción de los soñolientos, los desmayados. Los legañosos.[12]

En octubre de 1962, mientras Weiss trabajaba en Estocolmo en el primer esbozo de su pieza, Ernesto Guevara pronunció en La Habana su discurso «Qué debe ser un joven comunista». En la edición que manejo el texto ocupa diez páginas, en las cuales la palabra «trabajar» se repite en cincuenta y seis ocasiones, sin contar sinónimos relativos como «lucha» o «tarea». Guevara se esfuerza una y otra vez en convencer a su auditorio de que los trabajos forzados, impuestos por la Causa, son *voluntarios*, y de que el joven bien enseñado sabrá disfrutarlos cuando logre expulsar de su cabeza la idea *capitalista* del trabajo alienado.

Así, al cuerpo proclamado por el Che, *corpus* programado para la Lucha, Empleado del Mes del Octubre Rojo, Stajánov tropical, workahólico cubano –inspirado, sin duda, por las idealizaciones neoclásicas, y homoeróticas a su pesar, que dominaron la retórica visual del arte de propaganda–, Weiss le opone el cuerpo saturado, soñoliento, siestero, ahíto de mitin y Compromiso, harto de promesas de eternidad. Enfermo. Bendita patología si puede librarnos de esa otra, cínica condena, que es deslomarse por la Causa. El cuerpo íntegro y el escindido.

Pero también el Che tuvo un cuerpo contradictorio, el de «un asmático crónico que dedica su vida a la guerrilla», como se dice en el prólogo a la edición que manejo, escrito por mi padre. Para él, sin embargo, esa dualidad es más espiritual que física: la explica recurriendo al verso de Neruda «Hecha de dos un alma brilla entera», que hace referencia a los libertadores que le inspiraron: José Martí, cubano, y José de San Martín, hispanoargentino.

En un aula de Carolina del Norte, a las nueve de la mañana, una estudiante corpulenta, sentada en primera fila, dormía a pierna suelta. Me enfadé, pero no le llamé la atención: no veía el momento de llegar al final de la clase para despertarla y meterla en vereda. Cuando, terminada la sesión, fui hacia su silla, ella ya se había despertado. Me

mostró el certificado médico con la palabra *«narcolepsy»*.

Moraleja: la Revolución triunfará, como dicen con sorna los neoliberales, en otro planeta –en otro sistema solar.

Paco, yo no era un vago. No más que cualquiera. Era otro adicto al trabajo neurotizado, como tú, como todos. Lo que tenía, y sigo teniendo, se llama «somnolencia diurna excesiva», y no me lo diagnosticaron hasta después de tu muerte.

(Como los historiadores revisionistas diagnostican en 2021 los errores estructurales del COMECON, así el Capitán a Posteriori… ¿saben los médicos que cuando dan con el diagnóstico arrasan de un plumazo con una trama familiar de costumbres, creencias, gestos, convicciones?)

El comunismo, con su afán cientificista –al que dedicaste tu tesis–, no podía tomarse en serio la psicología, no digamos la somnología, que desde el punto de vista de Stajánov no es más que la pseudociencia de los melifluos y los flojos. El derrotismo pequeñoburgués. Tampoco la psiquiatría: así pudo mi madre llegar a los sesenta y cuatro años sin que nadie salvo su hermana, que no tuvo voz ni voto, se diera cuenta de que su «carácter severo, muy *de la terra ferma*» era un trastorno bipolar. Quien obliga a cantar a un cuerpo ensoñado habrá de oír la oda a la desafección y al desaliento.

También sobre el alma partida –entre la Causa y la música– escribió Tom Stoppard su elegía y condena a la utopía soviética, *Rock 'n' Roll* (2006): una larga, irresoluble disputa entre un viejo militante y su hijo, aficionado al «decadente» rock occidental.

¡*Dormid más rápido, necesitamos las almohadas!*

A su vez, el grupo de rock industrial Esplendor Geométrico creó en 2009 una canción titulada «El joven comunista». Un *sample* del discurso del Che se repite incansable, sobre un fondo infernal de bombo y electros: «El joven comunista debe plantearse ser siempre el primero en todo.» Con su apropiación sonora la banda de Saverio Evangelista no hizo sino subrayar el carácter *minimal* y robótico (del checo *robota*: «trabajo») del programa estajanovista.

¿Quién escribirá la canción del teletrabajo forzoso? Por lo pronto, el himno al salario mínimo lo tenemos: «Minimum Wage» de They Might Be Giants.

En la librería, durante la presentación de aquella novela que llamaba a no sé qué revulsión contra las convenciones de la narrativa, de la escritura y del lenguaje mismo, con la cabeza reclinada en la mesa de fórmica, yo dormía.

Tony Robert-Fleury, *El doctor Philippe Pinel supervisa el desencadenamiento de los alienados en el Hospicio de la Salpêtrière, en 1795* (detalle, 1876)

La expresión del médico parece decir: y ahora que hemos liberado a los esclavos de su enfermedad –ahora que les hemos restituido su humanidad–, ¿quién nos librará a nosotros de los grilletes de la razón, del delirio de la ciencia, de la megalomanía del director de asilo o de colegio?

Vividos por un hombre, los brotes negros te ponen en una posición «feminizada», en buena parte porque el imaginario fílmico de la ansiedad es femenino, melodramático, terrorífico y psicoanalítico, y suele estar basado en la mitología médica de la «histeria». Los títulos que anuncian un sistema nervioso llevado al límite de sus posibilidades siempre hacen referencia a mujeres, por lo general en plural, o más bien a la «feminidad» como la condición del borde y del desbordamiento inminente.

Autorretrato como Leonora Carrington

«Esta fuerza astronómica me destruirá si no os aplasto a todos... a todos... a todos... Debo destruiros junto con el mundo, porque está aumentando... aumentando: y el universo no es lo bastante grande para tal necesidad de destrucción. *Estoy creciendo. Estoy creciendo*... y tengo miedo, porque nada escapará a la destrucción.» Así es como describe Carrington uno de sus episodios en el sanatorio santanderino del doctor Morales, donde fue recluida en 1940. Crecer, desbordar: en el contexto de su estética surrealista resulta inevitable leer esa escena como una versión de la escena en que Alicia se toma la píldora –*«one pill makes you larger and one pill makes you small»*– que le hace agigantarse, desbordar la casa.

Carrington es forzada a seguir un tratamiento con Cardiazol. «Estado crepuscular de confusión» era la expresión que se usaba por aquel entonces para hacer referencia a los efectos causados por su administración. Se le aplica a viva fuerza y por vía intravenosa, pero así como el medicamento le induce un coma que puede prolongarse durante varios días, la energía incontenible que de consuno la posee es

suya y propia. La contención y el gigantismo: esta declinación del tema de la emergencia tiene una extensa tradición en el arte feminista. Se relaciona con el motivo del hogar entendido como cárcel en que la esposa es recluida y conminada a dedicar su vida a realizar tareas domésticas no remuneradas. En 2009 la artista jienense Cristina Lucas presenta *Alicia*, una escultura blanca de dos piezas donde el personaje de Carroll desborda la sede del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, de modo que su cabeza sale por una de las ventanas, por otra asoma un brazo... Una escultura, pues, que solo puede contemplarse desde la calle, creando así un lugar intermedio entre el espacio expositivo y la intervención pública.

Pero también son prisiones las emociones. Canalizar las energías negras en una causa política: esa ha sido la respuesta militante al problema de la salud mental. Pero estas nobles intenciones no resuelven el problema principal: la productividad, el imperativo de realización en los actos públicos. Si la solución es volverse el partisano perfecto, que extrae beneficios simbólicos y materiales de su dolencia, ¿en qué se diferencia eso del principio neoliberal que nos conmina a convertirnos en el empleado precario del mes? En la lógica neoliberal, la precariedad es un lamentable accidente que puede ser superado con un ejercicio de voluntarismo; en la anticapitalista, es una condición moral, pues en los espacios contraculturales, donde el dinero escasea, pedir condiciones dignas de trabajo es de malos militantes.

Destruir colecciones.

Espasmos mioclónicos – cama

Accesos de llanto – añoranza

Ataques de ira – insatisfacción, odio

Ruminaciones desatadas

La angustia y los bomberos – gritos

Entre la apatía y la desesperación. Temor a los accesos de llanto.

Rompe el día.

Hay una hora oscura.

Qué viejos me parecen los libros.

Acotar los momentos de mayor desaliento.

Estar siempre demasiado cerca de las lágrimas.

El sentimiento de desamparo, en cualquier lugar. También en compañía.

La rata en la caja.

Descartado el Rubifen, que me provocaba accesos más violentos y en momentos del día más inhabituales, me encomiendo al Elontril. Pasarán unas tres semanas antes de que empiece a hacer efecto, si es el caso. La fe del paciente: confiar en el efecto placebo.

Esta cabeza de otra persona. Este cráneo violeta. ¿Por qué no puede callar?

Escaso trabajo y falta de ánimos para hacerlo. Otro mes sin ingresos.

Ponerlo en las redes sociales.

¿Cuándo, mundo, perdiste tu sustancia?

Estas líneas son un paso más hacia la recuperación. Pasos. Para ir reencontrándome con las capacidades. Para vivir con menos pasado.

El error: pensar en el pasado como en un bloque. El pasado son líneas. Yo soy la misma persona que podía ayudar a otras. Sigo ayudando, poco pero sigue siendo una parte de mí. Había personas que podían contar con mi respaldo; yo era confiable. Los que confiaban en mí podrían formar una pequeña comunidad, un barrio. Ahora ese barrio ha desaparecido.

¿Cuánto respaldo me hace falta? Demasiado.

«¡Dame calidad!» ¿Para qué?

Más respaldo, más.

Fantasía: lobotomía.

Hay días en que puedo atravesar la mañana en un estado de relativa serenidad. Otros, las ruminaciones aparecen con los primeros pensamientos, y no empiezan a aminorar hasta que tomo el Anafranil.

Vamos, vamos, solo quedan unas cuantas horas para dormir.

¿Y si de veras el tiempo pasado hubiera sido mejor, qué? Acabo de respirar más hondo.

Volver a recitar. Memorizar escritos y declamarlos.

Esto sienta bien. Mi torpeza a la hora de poner sobre el papel las cosas que me duelen puede ayudar a relativizarlas.

Mundo, relativízate.

Nunca he terminado de aceptar que para mí la escritura es intermitente, y que no puede ser una ocupación diaria. Quizá el diario sí lo fuera.

La bruma desde primera hora. Por las mañanas la ansiedad es más atenuada y tiene forma de apatía, cursa con decaimiento. Al final de la tarde se junta con la añoranza y no puedo sustraerme a la impresión de que mi vida está liquidada.

Se apoderó del pasado.

Desatascar o saltar.

Ser y hacer. Dejar de ver a las personas como sustitutas. Mañana estaremos en el mar. Esto es otro paso más hacia un estado mejor. Respiro hondo.

Esta mañana los psicofármacos me dan una franja de calma. Una nube.

He resuelto algunos encargos, mal que bien.

Dependencia emocional múltiple.

No sé cómo las cosas han podido torcerse así. Yo era una persona que trabajaba, viajaba, recibía llamadas para ir a sitios. Todo se ha ido desvaneciendo. Ya no.

El dolor se reacomoda. Siempre encuentra un resquicio.
Oleadas, estallidos.

Mail a una psicóloga conductista

En nuestra tercera sesión volviste a plantear algunas cosas que no se me habían ocurrido, y que, de primeras, me resultan difíciles de tragar. La que más me hizo pensar: que, tres años después, aún estoy pasando el duelo por una relación de pareja rota. Durante los primeros días después de la sesión me parecía que eso no podía ser, que ya había dejado las fases de negación, desesperación y resentimiento, que durante ese tiempo había tenido y sigo teniendo relaciones de pareja. Aun con eso, me doy cuenta de que sigo acordándome con mucha frecuencia de momentos de esa relación, y de que hay una parte de mi memoria que está asociada a ella. Siempre vuelve. Por lo general se trata de recuerdos concretos; a veces se convierten en conversaciones retomadas, en situaciones que viví y, en muchas ocasiones, en reproches retrospectivos.

Mi memoria funciona como una caja de resonancia donde unas palabras o un diálogo se repiten muchas veces a lo largo del tiempo, con variantes y permutaciones. Eso me había ocurrido en otras relaciones de pareja, y también en vínculos de amistad donde había desacuerdos, o a propósito de la recepción de mis libros, sobre todo en los momentos en que estos han tenido más difusión. Por eso, vivo los sentimientos como re-sentimientos o «remociones» (es un término que encontré en Wilhelm Reich), o sea, como movimientos reactivos y reiterativos. Como si tuviera que repetirme a mí mismo una sensación negativa (de rechazo, de desconsideración). Seguramente el gusto por la música minimalista está relacionado con eso: una secuencia musical, reiterada veinte veces, nos gusta más que si solo se repite tres.

Creo que este ritual mental puede tener dos funciones. Por una parte, repetir una mala sensación o experiencia hasta conseguir agotarla. En algunos casos es así, pero me parece que es más frecuente que la repetición funcione como un vínculo: como una forma de mantener el contacto con una realidad intensa, y negativa, que ocurrió en el pasado. A veces, en el pasado remoto. Si lo pienso de esta manera, veo que, de entre mis estados de ánimo, los que tienen un carácter patológico –los que me han llevado a tomar medicación y a seguir esta terapia– pueden asociarse, hasta cierto punto, a algunas personas en particular. O sea:

Tensión, preocupación, exageración, tendencia a melodramatizar: todo esto era una parte importante del código emocional de mi madre, solía comportarse así. Mi propensión al automenoscabo también está,

en parte, relacionada con ella, y concretamente con la relación disfuncional que desarrolló conmigo cuando dejé de ser el niño con el que ella sabía tratar.

Tristeza, añoranza, remociones: son los estados de ánimo que viví de manera más intensa a lo largo de los últimos seis meses de la relación con Olga, y también durante los meses posteriores. Noto que son sentimientos vinculares, porque, si dejara de sentirlos, cuando deje de sentirlos, entonces ese amor habrá terminado por completo, y una parte de mí habrá muerto con él. Una parte de mí no quiere superar esa relación, quiere seguir siendo siempre su ex y mantener vivo el amor por medio del recuerdo doloroso. *«I don't want to get over you»* es un verso de una canción que le mandé por mail cuando estábamos en la fase de seducción.

De ser así, parece que en mi estado de ánimo actual, o al menos en sus fases más acusadas, hay un «diálogo afectivo» con varias de las personas que han sido más importantes en mi vida. Hoy desaparecidas, las hago presentes interiorizando, reviviendo y representando las emociones negativas que ellas han sentido, o que me han suscitado. A veces los fantasmas se me hacen más vívidos que las personas de carne y hueso. Esto me lleva a preguntarme cómo es que tengo tan mala memoria afectiva para las emociones positivas, si las hubo a raudales, con cada una de estas personas (que son, también, las que más me han querido y más me han dado). Parece ser que las emociones negativas las vivo como más auténticas y reales que las positivas.

¿El trabajo?

El temblor en la cafetería, antes de entrar en el aula. Luego, el brote al salir del edificio, apenas he traspuesto las puertas del campus. En medio, una clase.

Las cajas se van llenando. Nunca acaban de llenarse. Cada año surgen nuevas responsabilidades, obligaciones secundarias, medios técnicos que nos llevan a esforzarnos más, un poco más, otra hora extra. Los trabajos se han convertido en cajones sin fondo. Primero las clases duraban dos horas. Después, dos y media. Luego, en los cursos de máster, tres, tres y media. Cuatro. Antaño bastaba con una sesión de dos horas de oficina a la semana para comunicarme con los estudiantes; ahora el goteo incontrolable de mails, que no dejan de llegar en fines de semana y en la segunda mitad de agosto, ha convertido un empleo de media jornada en una jornada completa con horario indefinido. Sin cobrar ni un euro más. Cursos de primero de universidad: cuando empecé mi carrera docente cobraba cien mil pesetas por impartir las prácticas de un curso introductorio en castellano con alumnos locales, recién caídos del guindo de la selectividad, en sesiones de dos horas. Ahora, con los nuevos grados

internacionalizados y adaptados al Plan Bolonia, tengo que organizar debates colectivos de tres horas en inglés desde las ocho de la mañana, con estudiantes de élite de cada rincón del mundo angloparlante, y cobro lo mismo, con la diferencia de que cien mil pesetas del año 96 cundían lo suyo, mientras que seiscientos euros del año 21, en una ciudad como esta, con el coste de la vida disparado, apenas dan para aguantar dos semanas. En cuanto a las evaluaciones, se les concede la máxima importancia y, como tres cuartas partes del alumnado se abstiene de hacerlas, basta con que a seis alumnos de setenta no les hayas caído en gracia para que te veas obligado a reorganizar la asignatura con vistas al curso siguiente.

Alerta roja: hay que producir conocimiento.

Amorosamente, con sensibilidad y cariño, los autónomos nos exprimimos, los unos a los otros, hasta la última gota. Te propongo una participación puntual en una *newsletter* a cambio de cincuenta euros brutos. Quince mil caracteres por cuarenta euros brutos. Levántate un sábado a las seis, haz un viaje en tren de tres horas, participa en el gran coloquio de una organización reformista y toma el camino de vuelta esa misma tarde sin haber ganado un euro. Te pago la reseña de un cómic a diez euros brutos (no te olvides de enviar la factura, que nos conocemos).

Nos conocemos.

Nos apoyamos.

Nos hundimos. Juntos. Las manos entrelazadas.

Autorretrato como Hermann Broch

«Esta fachada de salud solo refuerza el sentimiento de impostura.» Así me sentí durante los tres meses en que, habiendo renunciado, en el último momento, a la mitad de la asignación docente que había apalabrado –poniendo en riesgo mi ya de por si errática carrera académica y causando graves contratiempos a mis compañeras–, me lancé a buscar piscinas, probé instalaciones distintas en cuatro zonas, me hice socio a la vez del gimnasio que me quedaba al lado del trabajo y del más cercano a mi casa y desarrollé una rutina de tres cuartos de hora diarios de natación, sin perdonar un solo día a la semana. Ya que la cabeza no me funcionaba, pondría a trabajar los músculos, las piernas: llevaría mi ridícula gesticulación al agua, haría de mis aspavientos disciplina.

Fachada de salud: las series de crol, braza y espalda, ebrio de cloro, el vano orgullo de comprobar, en el vestuario, que la mayor parte de los socios acudían allí porque se veían gordos. La hiperproductividad intelectual la sustituí por el esfuerzo físico, que, aunque no sería

excesivo para el ciudadano medio, a un fumador como yo solía dejarle exhausto. Aun con eso la continuidad surtió efecto y empecé a sentirme algo más ágil, más flexible, pero incluso en los días de mi vida adulta en que más deporte he practicado no me abandonaba la impresión que Broch definió como «impotencia imaginaria»: no ser capaz, pese a la evidencia palmaria, de asumir que las cosas salían adelante. Pocas personas más poderosas mentalmente que el autor alemán, y más esforzadas; y, sin embargo, no podía sustraerse a los sentimientos de ser débil y carecer de resistencia. Su vida sexual era variada y, no obstante, se sentía, *se sabía*, un impotente. Dar una brazada: impostura. Un logro: flaqueza. Prosperar: debilidad. Si hay un «síndrome de la impostura» femenino, que es el resultado del contraste entre las capacidades manifiestas y los discursos heredados sobre las mismas, existe también una versión masculina, que acaso tenga las causas contrarias: en este caso es la presión por ser y aparecer como un conseguidor lo que va generando una necesaria «reserva de incapacidad», más real o más fantaseada, que algunos usamos para guarecer nuestro propio yo: para sentir que la identidad no se diluye en ese mandato de hacer, producir, realizar.

15 de febrero

Entre las ocho y las nueve de la noche: los nervios –el hervor–, un serpentario. Es un tipo nuevo de brote, largo y sostenido, de una intensidad que solo había sentido cuando hacía la mudanza. Durante un rato he perdido el control de mis nervios. Susurraba, llamaba a Olga, bufaba como un animal. La bestezuela acorralada. Ese era el tema del que hablaba en mi bestiario, mi libro perdido. Ahora escribo en una mesa despejada. Las cajas por el suelo. Escribir para «hacerse la mano», como decía Paco. Quizá hay una vía que puedo seguir por aquí. Solo un rato cada día. Ahora, en esta mesa, parece más fácil. Hay más sitio. Quizá es lo que hacía falta. Enfermar para escribirlo. Si es que la escritura misma no es algún tipo de dolencia, un mal mal diagnosticado.

Cuántas lágrimas. Los accesos son cada vez más bruscos. La nueva medicación aún tardará en hacer efecto. No tengo que leer nada para escribir esto. Escribo lo que quiero. Son frases de nervios. La escritura es otra cosa que no puedo controlar. ¿De verdad me he pasado diez meses en el dique seco por no sentarme en esta mesa? Creo que estoy peor de lo que cree mi psiquiatra. De vez en cuando hago como si no ocurriera nada, me digo a mí mismo que solo ha sido un mal momento. Aquí puedo poner algunos libros. Nunca he necesitado muchos. Un ángel con una pluma y monedas. Ahora estoy más

tranquilo. La gimnasia digital sienta mejor. Me voy relajando un poco. Qué ha sido de ti. En qué camino te perdiste.

Persisten los problemas de sueño. Despierto desde las siete de la mañana, he tenido otra serie de entradas y salidas de la cama. Acabo pasando más de diez horas en ella, pero después de la siesta de segunda hora de la mañana me despierto cansado. Recibo propuestas; la inquietud aumenta. No sé si quedarme o irme al piso familiar de Palencia. Podría estar más tranquilo, y así no tendría que pagar alquiler. Puede ser una solución provisional. Lo que escribo no sale de ningún libro; es el libro. No hay ninguna fuente de documentación que pueda ayudarme. Los escritores que han pasado por experiencias parecidas ya han escrito sus propias cosas; no es lo mío. La escritura gimnástica me puede hacer bien. Así van saliendo las cosas, un poco como cuando tenía dieciséis años y escribía monólogos interiores. ¡Por aquel entonces era moderno! Qué ilusión me hacía empezar a escribir de verdad. Escribí *Los frutos invisibles*. Un libro demente. Ninguno de sus lectores cayó en la cuenta de que era la escritura de un adolescente carcomido por la ansiedad. Les debió de parecer que no había para tanto, que no era gran cosa. O quizá no. Quizá no cobraban lo bastante como para prestar atención. Ahora las cosas son distintas. Ahora conozco el nombre de mi dolencia y tengo quien la trate. ¡Qué gran progreso! ¡Miradme! Si solo hubiera podido... así está mejor. Así mejor. La escritura automática es un método psicoanalítico. El ansia es esta frase. La escritura: nervios, nervios, nervios. El horror de no poder recuperar las cosas del pasado. ¿Por qué no puedo olvidarme? El fantasma, ¿soy yo? ¿Es Olga? Su nombre resuena y me mantiene ligado a lo que había vivido. Ahora no soy yo. Ahora me he marchado. Me he ido. Es una escritura cacofónica, más música que letra, con un *ritornello*, un *ritornello*. Qué extraña relación tengo con la escritura. Nunca lo entenderé. ¿Me he librado, acaso, con la crisis, del corsé del estilo?

La vergüenza de incumplir la palabra dada. Lo siento, no he podido hacerlo. Me sabe mal, no estoy en condiciones. Giros retóricos para no decir: ahora soy un incapaz, ya no se hace carrera de mí.

Interrogar al cuerpo. ¿También hoy piensas romperte?

2018

La primera vez, tras un día de Reyes sin regalos, sostuve el ánimo durante unos minutos con algunas frases conciliadoras hasta que de golpe me aparté de ella y fui a sentarme al sofá raído que había junto a la ventana, y allí sollocé durante un buen rato. En aquel momento se

reabrió una puerta que había estado cerrada durante años, décadas quizá, y que daba a los terrores infantiles: la muerte de los padres, ser abandonado, quedarse ciego, morir. A lo largo de ese mes las caídas en el llanto se fueron volviendo cotidianas. Me asaltaban en cualquier momento. Por aquel entonces preparaba mi monólogo teatral *Granito del Nuevo Mundo*, donde volvía al lugar en que ella y yo nos habíamos conocido, dieciséis años antes. Uno de los personajes que representaba era un barman triste que declamaba casi a oscuras, en una mesa llena de vasos de plástico, apenas iluminada con linternas.

Para intentar hacerme al llanto lo incorporé a los ensayos. Después de varios intentos encontré la manera de provocarlo, evocando el temor a la soledad que me habían causado sus palabras. Funcionaba. El llanto fluía en el momento apropiado, fluía con las palabras en inglés, convertido en lo que John Ashbery llamaba «lágrimas decorativas». Podía detenerlo en el momento oportuno y pasar a la escena siguiente. Me sentí, por un momento, actor –y no solo el histrión amateur que he sido siempre–, y fue reconfortante saber que el dolor podía reconducirse, en una especie de arte casero. Hice uno de mis ensayos delante de ella. Como experta en teatro que era lo juzgó con vaga desaprobación, puso los ojos en blanco, llamó a mi personaje «pusilánime»; también ella se avenía a fingir que creía que el acceso era un recurso escénico más. De ese modo, representando los roles de actor y crítica, nos íbamos perdonando el uno al otro. Se había levantado un dique.

Durante la Semana Santa, cuando ella impuso una separación temporal e indefinida, el dique saltó por los aires. Accesos continuos rompían el día. Fabulé un romance con una estudiante mexicana que, el día en que había logrado apañar una cita con ella, compareció con cincuenta minutos de retraso, justo a tiempo para hacer acopio de las tarjetas de visita y teléfonos que yo le había prometido, y se fue con ellos a la hora en punto con la promesa de llamarme; nunca volví a saber de ella.

El arca perdida: obras a las que ya no puedo volver porque en algún momento me provocaron crisis de llanto asociadas con la ruptura. Cine: *El hombre elefante*, por alguna de las escenas en que representa el desamparo. Performance: Marina Abramović, porque Olga había hecho, con una amiga, una reproducción fotográfica de una de sus acciones. Música: la versión de Natalie Merchant de «If No One Ever Marries Me», una balada folk norteamericana en que una mujer imagina una vida sin pareja –y una larga serie de canciones que vimos interpretar en directo o que asocio con distintos momentos de aquello: son las melodías que me provocan una reacción física, una artefobia, distinta de mi ofidiofobia pero casi igual de intensa–. Mi Arte

Degenerado. Después de toda una vida dedicada a experimentar y explicar las emociones estéticas allá donde se encuentran, sin límite aparente, doy con el punto ciego, la emoción prohibida.

El estupor de la Risperidona a partir de las nueve y media de la noche.

18 de octubre de 2020

«Atención a los brotes negros. Empresas que no resisten más: se disparan un 55 % las declaraciones de suspensión de pagos en España. Cae también un 39 % el intento de capitalizar las empresas» *(El Mundo)*.

Tras una noche de sueño suficiente, facilitado por el Circadin, una pregunta clara: ¿distraen las redes sociales? Para quien padece de lluvia de ideas el pensamiento mismo es una distracción constante y dolorosa, un aguijón de frases hirientes y preocupaciones simultáneas. La nube digital, en cambio, produce una lluvia fina, un sirimiri de pequeñas inducciones, ingenios, hallazgos y ocurrencias que, incluso cuando se ponen graves, me permiten mantener la sensación de que el monólogo interior está ahí fuera y es más populoso que angustioso.

«La disciplina, la autoexigencia y el esfuerzo harán felices a unas pocas personas y destruirán psicológicamente a todas las demás.»

Lo escribo en Twitter a primera hora de la mañana, envalentonado por el buen funcionamiento de la nueva medicación. Esta clase de aforismos piden una cierta bravuconería matinal, la que dan algunas sustancias (aún quedan, en los barrios periféricos de esta ciudad, bares de obreros con barra en la calle donde abnegados camareros sirven café con gotas o chupitos de orujo). El tuit empieza a circular y alcanza el punto en que solo le falta un empujoncito para volverse viral. Vuelve la emoción del reconocimiento insuficiente, el casi pero no. «Ten siempre sentimientos encontrados», dice un verso de Ashbery: los míos son un permanente desencuentro entre la inquietud y la desilusión.

Dos horas y media después, Simone Biles, a pie de tartán, de espaldas a una cámara de la NBC, suspira y le dice a una compañera: «No puedo subir ahí.» En cuestión de minutos la Asociación de Gimnastas de su país excreta un comunicado: la renuncia a competir «no tiene causas físicas». Serán metafísicas, pues. Los repelentes circunloquios, las evitaciones. ¿Qué hago? ¿Me autorretuiteo, anunciando con orgullo que mi mensaje era anterior al Gran Renuncio de las Olimpiadas? ¿Busco otra forma de expresarlo para que no se

note tanto que estoy diciendo «ya os lo dije»? Vuelve a aparecerse el viejo espíritu mesiánico de mi abuelo materno y de mi padre, sus ambiciones de profeta, sus amaneramientos de Moisés. Otra vez la vieja tendencia a culpar a algunos de mis familiares de mi estupidez. Mi creencia en las cualidades redentoras del automenoscabo. Vuelven las anáforas ineptas, mi escoria estilizada. Sigo dándole vueltas a la mejor manera de mendigar un poco de atención; me vienen a la cabeza todas las ocasiones en que se puso sobre el tapete un tema de actualidad sobre el que tenía alguna información reservada y vi como otros jugaban sus cartas mientras yo dejaba pasar la ronda. Como de costumbre, después de unos minutos de autofustigamiento decido no hacer nada.

A segunda hora de la tarde vuelvo a entrar en mi perfil y escribo:

«Con el episodio de ansiedad de Simone Biles entra en crisis una ideología biopolítica que, articulada en Decathlon e Instagram, difundió la ilusión productivista y antipsicologista del cuerpo atlético como carne estilizada, desprovista de nervios y carente de pisque.»

Lo mando sin grandes esperanzas. Contra toda previsión, este sí se hace viral. Dobla en *likes* al que hasta ese momento había sido mi tuit más difundido y sigue siendo compartido. Con los corazones llegan, como no podría ser de otro modo, los *haters* y denuestos. Los recibo con mi característica fijación por las críticas, que en el fondo me parecen ciertas, y también con cierta añoranza. Me recuerdan a los tiempos en que mis palabras contaban para alguien y surgían con cierta frecuencia las objeciones y los insultos, que, como aprendí en aquellos días, casi nunca son el resultado de un desacuerdo conceptual y casi siempre son el efecto colateral de la difusión de un nombre propio. Cuando un nombre, o su producto, adquieren algún protagonismo, por pequeño que sea, son muchos quienes se sienten obligados a manifestar que entienden que alguien ha subido un peldaño, por pequeño que sea; las respuestas, a la impensada, son una manera de decir: «No soy ciego: sé ver el escalafón y estoy al quite.» Los críticos desconocidos y sus torpes invectivas son, al fin y al cabo, una parte necesaria del aparato promocional; más dolor causan los amigos, conocidos y saludados, que, amables ayer, cómplices en privado, se suben a la ola de reprobaciones y hablan de ti en público como si nunca te hubieran conocido y tuvieran objeciones de principio contra tus libros. En su día me sentí traicionado y menospreciado y durante mucho tiempo estuve lleno de odio contra todos ellos: los que, sin haber leído a Leopardi, parecían creer en la virtud moral de envidiar a los amigos –y que, de entre todas las canciones de los Smiths, tenían como favorita «We Hate It When Our Friends Become Successful».

Durante los dos días siguientes sigo redactando anotaciones, que

parecen generar interés. Entonces, sin haberlo pensado, cambio de registro:

«A los diecinueve años salió en televisión, en horario de máxima audiencia, anunciando que el CNI le había encargado que organizara una reunión entre la infanta Cristina y Jordi Pujol "para solucionar lo de Cataluña". El primer juez que le había tomado declaración, unos días antes, consignó una "florida imaginación delirante" –una expresión en que resuena la vieja frase de Freud sobre los "hiperestéticos" y su "artificioso edificio delirante"–. Y han hecho falta siete años y un sinfín de juicios para que se reconozca lo evidente: que padecía un trastorno. Hasta ahora, con tal de no admitirlo, el personal ha agotado las explicaciones posibles: en clave nacional (la picaresca), en clave política (la corrupción del PP), en clave pseudosociológica ("la cultura del éxito", dicen comentaristas que se harían el *seppuku* si les bajaran el sueldo), en clave cuñada (tiene cara bollo). Ninguna de ellas atinaba, como tampoco le hace un favor a nadie llamar "jeta" a quien padece de mitomanía (vulgo "mentiroso compulsivo") ni condenarlo a una sobreexposición mediática que no puede sino confirmar sus fantasías, reforzar su edificio. En cuanto a sus fabulaciones vinculadas al PP: quien delira "lo hace como lo que tiene a mano", como señaló Fernando Colina. En aquel momento sus delirios de importancia hallaron su objeto ideal en el partido en el poder; ahora, en las criptomonedas. En fin: en materia de salud mental la sociología no tiene la última palabra en relación con las ciencias médicas (tanto menos cuando se trata de sociología barata).»

El hilo está encabezado por una fotografía de Francisco Nicolás Gómez Iglesias, más conocido como el Pequeño Nicolás, que cuando escribo esto ya tiene veintiséis años. En ella aparece, acompañado por algunos amigos vestidos con estilo Zara, esbozando una media sonrisa. La noticia periodística acerca de su trastorno proyecta un aura de duda sobre esa expresión facial: ahora, por primera vez, no parece solo un ademán de soberbia; bajo su aparente jovialidad late algo más reconcentrado y complejo. ¿Es el sufrimiento? ¿Podemos reconocer el dolor de quien nos repugna? Le reprochamos, sobre todas sus otras faltas y delitos, que deje de ser un arquetipo.

Solo una persona retuitea el hilo, en son de chanza, y ocho más se animan a poner discretos corazones. ¡Pues claro! ¿Cómo se me ocurre? ¿Qué espero conseguir con esta inveterada tendencia mía a adoptar el papel de abogado del diablo? ¿Acaso hay en ella algo más que el mohín esteticista de la contraargumentación? ¿Cuándo me dejé convencer de que la mayoría siempre se equivoca? En realidad no lo creo así: es cierto que quinientos mil fans de Elvis no pueden estar errados, porque crear mitos y erigir iconos es tarea de las masas –es su especialidad–. Tienen razón en eso. Y en nada más. Porque también

aquí, en estas dos noticias sobre dolencias mentales, se está tratando sobre la mitomanía, esa tendencia a la que Gómez Iglesias no puedo sobreponerse. ¿Y quién sí? ¿Biles, que se proponía conseguir seis oros olímpicos? ¿Los espectadores, que, indiferentes, de consuno, a las hercúleas volutas de la gimnasia rítmica, la alentaron porque la resonancia de la palabra «hexacampeona» les animaba las mañanas veraniegas? ¿Los comentaristas que, apenas había bajado del pedestal del deporte, la auparon a ese otro, más peligroso si cabe, de la ejemplaridad pública? A Biles no le consintieron, ni por un segundo, que dejara de ser un mito: en un abrir y cerrar de ojos desvistieron a la santa de las barras asimétricas para vestirla de patrona de los ansiosos. Biles, remitificada; Gómez Iglesias, por su parte, denostado otra vez: «¡Además de pícaro, chalado!» Siempre hay una continuidad necesaria entre el endiosamiento y la denigración: para que exista la enferma modélica tiene que haber también un tarado deleznable. Pero lo cierto es que la sonrisa inquietante de Gómez Iglesias es una imagen más verdadera de la dolencia mental. No es clara. No es limpia. Los publicistas no harán carrera de él; tampoco el Ministerio de Sanidad. Es muy probable que a lo largo de sus industrias y andanzas no haya contado con una asistencia médica tan atenta y especializada como la de Biles. La medicación que pueda haber recibido son gominolas en comparación con la que ella ha tenido, en recetas firmadas por los más egregios especialistas en la salud mental de las atletas. Biles tiene de su parte al mundo, que no siempre es buena compañía, pero sin duda es mejor que ser reducido a una caricatura, como la que le hizo el dibujante murciano Magius a Gómez Iglesias en la cubierta de su novela gráfica *Primavera para Madrid*, donde aparece como la imagen de la corrupción por antonomasia. Lo fue. Pero también es el paciente desatendido por excelencia, y quienes brotamos tenemos que lidiar con esas contradicciones: siempre nos dicen o nos dan a entender que para según qué cosas somos enfermos pero cuando nos conviene estamos más sanos que una manzana. Una manzana podrida. Biles no debería ser el rostro público de este problema, porque se han puesto demasiados condicionantes para que lo sea: debe ser una estrella internacional, debe ser la mejor, debe haberlo intentado hasta la extenuación; más aún: su caída, que no es tal sino un cambio de vestuario, se la toleramos, magnánimos, porque sabemos que desde niña se levanta cada día a las cinco para matarse a entrenar –y que no ha tenido otra vida–. Corramos un tupido velo sobre el tema de la formación escolar de los niños designados como atletas de élite; tuve algunos en clase, durante mi año en Carolina del Norte, y puedo asegurar que no están en condiciones de ser llamados «alumnos»: el entrenamiento no les deja tiempo para ello.

A nuestros cuerpos se les pide que sean disciplinados de día y exaltados de noche: productivos pero también dionisíacos –regulados, y, a la sazón, libidinosos–. LinkedIn y Tinder se los disputan. La ansiedad es el síntoma de la presión que genera ese doble mandato. A su vez, en Tinder puede observarse una dinámica muy llamativa entre los autorretratos en *outfit* de Decathlon (públicos) y los *nudes* (privados). Cuerpo deportivo, cuerpo disciplinado; dos modalidades de disciplina complementarias. Tinderización de LinkedIn.

5 de agosto

Mañana empezaré a tomar Tadalafilo. Si surte efecto podré volver a mantener las erecciones.

6 de agosto

Después de una mañana de gestiones burocráticas fallidas, que me obligan a repetir todo el rato «para, para», me tomo la primera dosis junto con el Neurontin, con zumo de manzana. Ahora está todo en vuestras manos, pienso: las neuronas y las hormonas, la testosterona y las sinapsis. Podríamos haber empezado por ahí, muchos años atrás. Seguramente habíamos sobreestimado a la naturaleza. El balcón por el que tantas veces pensé en tirarme, entreabierto –una de las puertas de cristal está atascada, ya no es puerta sino pantalla–, y las ganas de salir tal como voy vestido, en bermudas negras y sin camiseta, y proclamar:

–¡Vecinas! ¡Volveré a tener polla! Hoy aún no, porque el Tadalafilo no es como la Viagra, no es esa escena de cómic satírico de toma y tentetieso, sino que va haciendo su efecto a lo largo de los días. ¡Es un proceso! ¡Todo es un proceso! [Sale a mirarme la mujer mayor del balcón de las gardenias, donde sigue colgando la pancarta de LLIBERTAT PRESOS POLÍTICS.] *És el Procés, senyora meva! Què hi farem! Ara el processisme, després el postprocessisme i ben aviat el peix al covid*!

12 de agosto

El Tadalafilo parece funcionar. Sorprendentes erecciones matinales. Ganas de ver porno. La ciencia da sus frutos. «Soy un paciente respondedor.» Recuerdo la primera canción de Laurie Anderson que escuché, a los trece años –«Big Science! Hallelujah!»–, en aquel vinilo que me descubrió de golpe el minimalismo y el recitado posmoderno y donde está el origen de mi vocación de *performer* de *spoken word*: otra

de mis carreras estancadas, por falta de llamadas, por falta de ocasiones, por la indiferencia del público ante mis aspavientos escénicos, por la incapacidad para mantener la atención de los demás. Yo ya no funciono, pero la medicina sí. Ya no soy más que un sujeto experimental, un feligrés de las farmacéuticas que ha puesto un cirio al Cristo de las Farmacias para que haga algún efecto la nueva pastilla. ¿Y ahora? ¿Llamo a Teresa y trato de resarcirla de los dos últimos gatillazos? ¿A quién se lo debo: a ella, a mí o a los dioses telúricos de lo eréctil? Si la llamo, ¿acaso no la estaré usando, también a ella, como sujeto experimental? ¿No sería mejor llegarme a una de esas clínicas que hay en la ladera de la montaña y prestarme voluntario para quilarme a un cobaya, conejo, rata o lo que se tercie? ¿Hay alguna manera de intentar hacerlo sin ser utilizado por las drogas y utilizar a otras personas en su nombre? ¿Y si llamo al Departamento de Ventas de Cinfa y les propongo hacer un anuncio? Sería un vídeo sin idealizaciones, sin fábulas publicistas, sin fantasía, muy «cuerpos reales»: mirad, es todo de veras, verdad de la buena, no es un atleta del sexo, es solo un tirillas con gafas, calvorota y medio impotente, que, por obra y gracia del Tadalafilo®, ha logrado por fin volver a echar una de sus anémicas coyundas de trasto oxidado, con quejidos de bujía que –creedlo, lo dijo una periodista de la Cadena SER– «parece que te estén matando». ¡Si hasta él puede hacerlo, imagínate lo que podrías hacer tú!

La crítica musical elabora distinciones entre géneros, estilos y épocas, pero en nuestra conciencia –como dice una letra de Josep Xortó– «todos los hits resuenan en la cabeza a la vez», conformando una *über*-canción donde la memoria afectiva es la impresión del éxito comercial.

Pero también: «Siento que sigo el ritmo de mi ansiedad y no el que pide la canción» (Tamara Tenenbaum). El pensamiento ansioso funciona, en sus picos, como una supercanción que hiciera resonar a la vez todos los fracasos pasados, presentes o futuros. En sus caídas, es una melodía despoblada:

No
song
No sound
No voice no choice no hit no run
No place
To call your own
Not in this land
You're not where you belong
You shouldn't be staying in the middle of this song

No ballad will heal your wounds
No big band will bring you jazz
Neither moogs nor old muzaks
Will ever make you rest or trust
Get out of the song
Stay out of the beat
Don't learn the lyrics
You got
four minutes to move out of the sound
And you don't have to stay around
This sound can teach to draw a blank
A heart so white, a sound so black
This is the anthem of the land
You've left to never go back
Break out of the tune
Snap out of the groove
Ignore my next words
You must
leave now and exile from this chant
You're not the one who'll grow old inside this song

¿De dónde surgió el brote de ayer? ¿De la señal que Olga envió? ¿Quizá de la jornada de espera en la nave industrial, haciendo una cola de una hora y cuarto para la primera dosis de Pfizer? Ese espontáneo disciplinamiento de las masas, ese mantener las distancias sin necesidad de policías ni de avisos... Qué cumplidores somos al fin y al cabo, qué obedientes... ¿Puede ser que haya en el brote una necesidad de distinción, una forma estética feísta y extática que me diferenciaría del resto de las vidas perdidas?

Y luego, al día siguiente, el silencio del brote. Solo un momento en que pareció a punto de desencadenarse, pero fue abortado con un sollozo. La vi. Era de prever que al despedirnos volviera a producirse, como las dos últimas veces, un episodio de ansiedad por separación, pero no lo hubo. En su ausencia, una calma extraña, una cierta alienación de la propia piel.

«No lucharás contra el Kapital, no lucharás contra nada mientras estés entumecido por los narcóticos.» Ni siquiera Mark Fisher pudo sustraerse a la clásica superstición de izquierdas contra los antidepresivos. En su artículo, firmado en 2004, se refiere en particular a los ISRS, los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina, pero su objeción no es selectiva: la aplica también a la marihuana, sin considerar siquiera los casos más obvios –tratamientos de quimioterapia, enfermos terminales– y, combinando el anticientificismo pintado de rojo con la bobería disfrazada de estudios

de las masculinidades, sostiene que fumar hierba «te hace varón» en el mal sentido. A pesar de la conciencia que Fisher tenía, y que vivió con famoso dolor, de las enfermedades mentales, no deja de resonar en sus palabras aquel viejo «¡La clase obrera no se deprime!» que, exclamado por un personaje de *Riff-Raff* de Ken Loach, ha sido la justificación de tantas omisiones, como la que yo mismo padecí en mi adolescencia, cuando los síntomas, evidentes y diversos, no bastaron para vencer los prejuicios de mis padres y dejar que siguiera viendo a un psiquiatra. Lo peor del caso es la indiferencia con que se publican y reciben esas majaderías, porque muchos lectores de Fisher, los que celebran el aniversario de su muerte, lo prefieren así: prefieren a su ídolo suicidado sin medicar a los cuarenta y nueve años que vivo y con recetas de Prozac. ¡Bien hecho, Mark! ¡Ni un miligramo de serotonina entrará en mi serrano cuerpo proletario! ¡Viva la muerte del intelectual sufriente! ¡Abajo la medicina moderna!

Más mitomanía letrada: la del divino cadáver del hombre de letras, al que sus propios lectores gustan de imaginar, como si fuera el Pinhead de Clive Barker, como un gourmet del dolor que mima el sufrimiento y cuida por nosotros el cáliz del Martirio. Sigue presente en la enseñanza de las humanidades, y en particular de la literatura, donde se celebra al poeta que exclamaba «tres higas al doctor» y se da a entender, por medio de mistificaciones del malestar, que el ápice del genio literario es el suicida. Hemingway y su rifle; Plath y su horno: a cada género su método –y es terrible comprobar cómo, en tiempos en que los estudios feministas aún no habían alcanzado el impacto que ahora tienen, para muchos lectores el signo más claro de que una autora era genial *a pesar de ser mujer* es que se había quitado la vida.

Autorretrato como Robert Burton

La melancolía devuelve a la vida lo que estaba muerto. Esta es una de las posibles interpretaciones de la leyenda escrita en la tumba de Burton: MELANCHOLY GIVES LIVE AND DEATH. El ánimo melancólico no se propone restituir, con un movimiento de anamnesis, lo que ya no se tiene, sino que instituye en el imaginario aquello que nunca estuvo allí. Vivimos rodeados de fantasmas, y el ímpetu melancólico hace, de los fantasmas, espectros, que no van a desaparecer porque nunca existieron.

Burton se esforzaba por diferenciar la melancolía del ridículo. Y aunque pudiera decirse que a nivel conceptual lo logró, la frecuencia con que figura ese segundo término en su clásico tratado, y los abundantes ejemplos de él, lo hacen aparecer como un hermano bastardo del primero. Todo ello ocurre en un texto que, por su

profusión de citas, apropiaciones y llamadas, cualquier lector de hoy habrá de llamar «palimpsesto». El sentimiento que nos ocupa, pues, aparece, desde sus inicios, como una huella (en las citas de autoridad) y como una huida (evitar las actitudes grotescas es tan importante que en algunos momentos lo melancólico solo puede definirse, por vía negativa, como «la afectación que ha logrado evitar el *ridiculum»)*.

Así pues, para ser plenamente moderno el humor melancólico necesitará dos atributos: la erudición y la vergüenza. Le será preciso frecuentar la historia de las apariciones espectrales, distinguir su textura, su circulación y sus modos de emergencia.

No sabía que mi memoria acabaría conmigo.

«Una imagen única, una imagen inorgánica del mundo como totalidad irresuelta, en un horizonte de dispersión infinita.» El escritor y comisario Manuel Cirauqui da voz de esta manera a una de las preocupaciones principales de la estética actual: la necesidad de encontrar, en la plétora de la producción imaginaria, en la iconocracia dispersa, *una* visión. Central, reveladora, significativa: la imagen. Contra la disipación de las fotos equivalentes e intercambiables, la alegoría. Reducir, concentrar. Ese mismo impulso alegórico se encuentra en reivindicaciones de la pintura como la que hace Julián Ríos: «El cuadro, frente a la multiplicidad de imágenes de otros modelos como el cine, dice: “Hay una sola imagen, pero esta imagen – cuando es densa, cuando tiene fuerza estética– es inagotable.”»

Pero ¿qué viene antes: la alegoría o la manía? ¿Cómo separarlas? Esa imagen obsesiva que ocupa mi pensamiento cada noche, antes de dormir, ¿qué resuelve? Esa fijación por aquel instante de complicidad, repetido como un spot publicitario de otros tiempos, ¿me libera de la secuencia reiterativa de los recuerdos o me mantiene aferrado a ellos? En el pensamiento maniático la dinámica entre las múltiples ideas intrusivas y la intensidad de la imagen central es un combate sin tregua, cada día una catarsis fallida. Los mecanismos de la manía reproducen la patología de la memoria en la sociedad de la imagen. Las soluciones que propone la estética, que siempre apuntan hacia un cierto orden e incluso hacia una cierta religiosidad del icono principal, se vuelven insuficientes ante ese carrusel incontrolable. La mente es esclava de la manía como el arte está encadenado a la producción.

Desde pequeño siempre me han acompañado los sentimientos de frustración. Por no haber ganado una competición escolar o deportiva. Por la indiferencia de la niña que me gustaba. Por no cumplir con algunas de las expectativas irreales que mi madre había depositado en mí. Por una palabra, por un turno de conversación, por algo que percibí como un desprecio. «Me has decepcionado», me dijo una vez, en el patio de la escuela, a los siete años, la niña con quien rivalizaba

por ser el primero de la clase. Esa frase se me quedó grabada a fuego; durante años nos la repetimos el uno al otro en los momentos más agudos de nuestra competición, que duró seis cursos, cinco, en realidad, porque durante el último año de la educación general básica yo ya había asumido mi derrota y sentía, cada día y a cada momento, que estaba acabado como estudiante, como individuo, como aquel proyecto monstruoso de niño intachable que debía alcanzar la dialéctica trascendental entre la constancia incansable del militante comunista y el formalismo vivaz del *nen* pequeñoburgués.

Esas emociones derrotistas eran tan vívidas como intransmisibles. No se me ocurrió casi nunca compartirlas con mis amigos. Las vivía como una verdad fatal que, a la vez, si trataba de expresarla, sonaría absurda y vana. Desde aquellos días la frustración siempre anda buscando su objeto y nunca ha dejado de encontrarlo. Así como a otras personas caminar a campo traviesa las ha hecho o amar o hacer discursos, a mí me ha forjado esta idea: «No has sido capaz.» Imposible rendición, resistencia inútil: en la actitud de rendirse siempre he buscado terminar con el tiempo sísifo de las obligaciones, poner punto final a la secuencia de deberes que nunca logro cumplir. A la vez, al declararme incapaz trato en vano de impugnar un sistema que solo sirve para los superdotados y no podrá sino crear multitudes de tullidos afectivos, negados rencorosos, desechados, donnadies.

Diez claves para entender los problemas de salud mental, y para volcarse como un vaso

Uno. Nadie nace enseñado. Quienes no hemos cursado estudios médicos nos vamos enterando de cómo es nuestro cuerpo y qué le pasa a medida que vemos y experimentamos dolencias. En el discurso sobre el sufrimiento psicológico se aprende compadeciendo. *Si se observan los planes educativos que nos han impuesto, en sucesivas contradicciones y renuncios, nuestros sucesivos gobiernos nacionales y autonómicos –si se consideran las filosofías de la didáctica que nuestros maestros traían en la carpeta–, bien se ve que cada uno de nosotros es el resultado de un experimento pedagógico que, sobre el papel, parecía buena idea y terminó siendo una calamidad. Somos adefesios producidos por el sueño de la razón pedagógica. Somos los hijos tarados de la Ilustración y la contracultura*.

Dos. Todos disponemos de cierta información de primera mano acerca de trastornos leves y naturalizados, como el estrés, las fobias, las estereotipias u otras alteraciones nerviosas. A la hora de interpretar un trastorno más profundo resulta útil compararlo con casos como esos y entenderlo como una cuestión de grado (aun cuando esta

lectura no sea del todo rigurosa). *Vuelve la certeza de que nunca basta con lo que se sabe, y de que aprender no es rentable*.

Tres. Del coterapeuta no se espera una «comprensión total» (tampoco el terapeuta la tiene) sino una «empatía suficiente». La empatía se demuestra más con gestos conversacionales (dejar hablar, preguntar, pedir una aclaración puntual) y físicos (tocar el hombro, el pelo o la palma de la mano) que con propuestas de solución verbales. *Hago poco y aun así sigo teniendo la impresión de que me exijo demasiado*.

Cuatro. En cuanto a esas propuestas: el paciente aquejado por la dolencia siempre tendrá una objeción para ellas. Es mejor dejar que la enuncie –es terapéutico– y no empeñarse en ganar los turnos de conversación.

Cinco. Es buena idea dar a entender al paciente que sus dolencias (como la hiperactividad) son, a su vez, virtudes. *Adicciones: café (cinco diarios), nicotina (un paquete diario), internet, Anafranil, Orfidal, Rivotril, Risperidona, Neurontin, Melatonina. Las sensaciones de alivio. ¿Y el trabajo? Ya no. Se me hace menos difícil hablarle a alguien de alguna de mis numerosas dependencias que explicarle que ya no soy un adicto al trabajo. Cada vez que lo he hecho he sentido que entre mi interlocutor y yo se abría una zanja, que se rompía un lazo, porque desde la perspectiva de una mente medio incapacitada para la productividad casi todo el mundo padece de esa adicción, y es un mérito: es la intensidad compulsiva que asegura el funcionamiento social*.

Seis. La negatividad del paciente es una perspectiva que puede ser compartida: ¿quién no es, en alguna medida, apocalíptico, misántropo, pesimista? La conversación confidencial no va de «arreglar el mundo» sino de «destruirlo un poco». Dedica algunos turnos de conversación a eso, y luego vuelve a una perspectiva más constructiva. *Me da miedo pensar en el trabajo siquiera*.

Siete. Es mejor responder «¿Ah, sí?» que decir «Te comprendo». Y las onomatopeyas resultan más útiles que las sentencias humanistas. *Durante mucho tiempo no me ha preocupado ser un drogadicto; había asumido que tomar drogas era lo único que podía servir como atenuante. Pero cada vez siento más sus efectos. Demasiadas drogas, demasiado tiempo tomándolas: la fijación va ganando terreno y se añade a las otras preocupaciones insolventes*.

Ocho. El paciente suele hacer descripciones psicológicas refinadas. Trata de llevarlas a lo material haciéndole hablar sobre comida, música, deporte, sexo.

Nueve. No resulta útil recordarle que los hay que lo pasan peor (ya lo sabe y no le consuela) ni recomendarle que no tome pastillas (no eres neurólogo) ni preguntarle por su infancia (tampoco te llamas Sigmund) ni pedir que te explique cómo afecta su dolencia a su trabajo (eso suele ser de lo más delicado, y solo te lo explicará si le hace falta

verbalizarlo). El paciente suele tener un déficit de reconocimiento (afectivo, social, laboral), así que es mejor sacar a colación momentos y situaciones en que ha sido reconocido (si puede ser por terceras personas, mejor que por ti mismo). *Pero es como si la frustración no bastara, como si fuese una sustancia química que tiene que precipitar, y cuando surge la opacidad del desespero, su energía resolutiva, rompe, resuelve, desata*.

Diez. La escena confidencial suele tener, tal como la plantea el paciente, el tono de un melodrama. No puedes convertirla en una comedia, pero sí es posible hacer que sea un melodrama de Almodóvar: que haya, junto, con el dolor, humor –y que los males sean también canciones–. Esto se puede conseguir hablando tú mismo de situaciones ridículas o grotescas en las que te hayas visto implicado –de modo que él sienta que las que él vive son más grotescas que terribles.

Todo esto debería bastar para ser un coterapeuta de nivel aceptable. *¿Por qué escribí esto? ¿A quién trataba de engañar con esa metodología de psicólogo iluminado? Detrás de este decálogo no hay más que soberbia mal disimulada: por el saber-poder, por la supuesta posición de autoridad moral que confiere la experiencia del sufrimiento –y que no es autoridad: no es más que un desgaste sordo y repetitivo–, por la aprobación irreflexiva que recibió al publicarse –cómo seguimos creyendo en el Gran Solucionador, quizá más aún que en las épocas confesionales*.

28 de abril

Vuelvo a dormir mal. Me despierto a las cinco de la mañana, fumo, vuelvo a la cama, no logro dormir, me vuelvo a levantar, desayuno un bol de muesli, tengo un ataque de llanto con golpes en la cabeza, vuelvo a la cama, me levanto a mediodía. En el ordenador veo otra vez la secuencia del baile. Dos horas más tarde como con Berta, que me cuenta su viaje a Copenhague, su encuentro con un chico de allí, su récord: nueve veces seguidas. Vuelvo a echarme, me masturbo, logro descansar un poco, me levanto, tomo un sorbo de café, miro el correo electrónico y poco después me sobreviene un segundo brote, con llanto fuerte y golpeos. «Olga, haz que pare.» Los convulsos. Poco antes de las nueve de la noche me sobreviene un tercer brote, más fuerte que los anteriores, como un sifón. Llamo al 012, me derivan al 112, y de ahí al 060. Ceno quinoa con milanesa de seitán recalentadas y un yogur. Pauto la medicación para tratar de dormir bien. En la cama me sobreviene un cuarto ataque, más breve. Ha sido uno de los peores días. He echado de menos a Clàudia, a Olga. Los problemas de sueño.

Ni yo sé interrumpir a mis interlocutoras ni ella parece ser consciente de cuándo está haciendo durar un turno de conversación más allá de lo razonable. Su trastorno de ansiedad, que ella misma describe como «generalizada», la lleva a convertir los diálogos en soliloquios; el mío, a retraerme en la posición del oyente inhábil. En esos monólogos suyos cantarines y llenos de desencaminada euforia vienen fantasmas negros, pero también rosados: la Caracas perdida, el país desahuciado al que nunca podrá volver, pero también la mañana en México DF en que se detuvo el tráfico para mirarla; su papel, necesario, en una estafa transcontinental que, bajo la imagen de un proyecto humanista, dejó sin remunerar decenas de tareas de trabajadores precarios y llevó a la ruina a varias empresas; la admirable antropóloga que fue en su juventud y que, en su mente, sigue recorriendo poblados a bordo de una camioneta sin frenos. Creo entender que en la nación que lideraba el mundo en operaciones de cirugía estética femenina la habían considerado guapa, y recuerdo cómo a Susana, caraqueña también, nunca hubo modo de convencerla de cuán atractiva me parecía. Dejo pasar unos días sin comunicarme con ella y veo que escribe un extenso artículo contra el *ghosting* y –en polémica con el libro que he publicado hace poco– a favor de los vínculos personales, «que son lo mejor del mundo». Cae Kabul.

Lo que sé, lo que siento. Sé que la noción de «salud mental» es un engendro mutante creado por la Organización Mundial de la Salud, pero ¡cómo envidio a quienes tienen buen carácter! Esa aparente serenidad, esa capacidad para vivir el momento sin la termita en la frente. Sé que la idea de «normalidad» es una fantasía, pero ¡quién pudiera ahorrarse esta retahíla de fijaciones y tics! Sé que cabe desconfiar de esa progresiva patologización de la conducta que cada año señala nuevas dolencias allí donde solo había costumbres curiosas, pero ¡qué fortuna inmerecida, la de los que pueden atravesar la jornada sin arrugarse! Incluso cuando se trata de artistas, a quienes ya se les supone alguna excentricidad fundamental, ¡qué diferencia entre quienes parecen sublimarla, como si sus desarreglos pudieran montarse en forma de instalación y ser olvidados en un almacén, y los otros, los dolientes perpetuos, más dolidos cuanto más creativos, cuanto más exitosos más hundidos! La escisión entre lo que creo saber y lo que siento se hace así más profunda que nunca.

La equívoca sensación de tener razón cuando se cuentan desgracias.
¿El conocimiento?
Nombres propios, títulos de obras, términos que designan corrientes

o movimientos, saltos de tema, saltos, más *name dropping* o *dripping* a toda velocidad, breves evaluaciones positivas de obras, más deprisa, alusiones, bromas para iniciados que nadie tiene tiempo de reír porque hay que seguir mencionando títulos, digo un referente, respondes con el tuyo, pausas momentáneas para tomar aliento, el nombre del Nuevo Talento, el del Viejo Maestro, el del Genio Secreto, el de la Gran Mujer detrás del Gran Hombre, me encantó, es un *crack*, es un *bluff*, es el *boss*, es un *one-hit wonder*, es una jefaza, más deprisa, es un fraude y lo sabemos, es un monstruo y nadie se lo reconoce, *dripping*.

Llevo media hora tratando de evitar un brote. La ansiedad desnuda los diálogos: lo que en otras épocas me habría parecido una saludable, *sacra conversazione* sobre gustos y aficiones ahora se me hace intolerable, me raja los nervios; no oigo más que las interferencias, cacofonías e irritantes cambios de canal en las emisoras muertas del Círculo de la Funesta Manía, imaginación muerta imagina, una salmodia subnormal, una monserga epiléptica, dos devotos de la Iglesia de la Calidad Estética contándose sus tristes orgasmos de espectador profesional, de profesión sin fondos, sin futuro, un Paseo de Émulos con prosapia de parroquia y devoción pueril, cuánta pasión desperdiciada. Qué hartazgo, los nombres.

Posología de la vida social. ¿Cuánto rato puedo aguantar en una conversación? ¿Dos horas? ¿Dos y media? Hay un momento a partir del cual se apodera de mí una tensión creciente; no puedo creer que mi interlocutor siga hablando sin notarlo. Quisiera amordazarlo. Quisiera estrangularlo.

Hay personas orfidal, que inducen, con su tono de voz y su cadencia verbal, cierta calma lisérgica. Hay personas rubifen, que depositan en mí una rabia sorda y una velocidad estridente. Hay neurontines, que, con su charla casual y desinteresada, no parecen causar un efecto inmediato, pero suscitan, al poco rato, cierta relajación muscular y preparan el cuerpo para una siesta agitada y reparadora a la vez. Aún quedan prozacs: su soleado mediodía de euforia puede durar y cundir, pero también, combinado con alcohol, es el camino más rápido para la desolación violenta.

Cuando en 1963 la empresa Roche desarrolló el Valium tuvo que abordar el problema de diferenciarlo de otro medicamento que comercializaban desde hacía tiempo, el Librium, y que tenía efectos muy parecidos. Para solucionarlo elaboraron una distinción falaz entre dos modalidades del dolor: la nueva medicación, dijeron, curaba la «tensión psíquica», mientras que la antigua era más útil para la «ansiedad».

Los que brotamos nos dividimos entre los que soportamos en silencio la verborrea interminable del prójimo y los que subliman su ansiedad hablando, hablando, hablando.

Cien años de soledad leída por un ansioso: lo mejor, la secuencia en que Fernanda empieza a hablar, se pasa un día entero parloteando sin parar y José Arcadio, que ha permanecido todo ese tiempo sin abrir la boca, se levanta y destroza la vajilla entera, vaso por vaso, plato por plato. Lo demás, abuelitas voladoras y bananos.

Potestas patiendi

Cabello/Carceller, *Movimientos para una manifestación en solitario* (captura de vídeo, 2020)

Tan conocido se ha vuelto ese lema que no nos hace falta leerlo completo para identificarlo. No nos importa que un cuerpo tape parte del texto, y en cierto modo así es como debe ser: una oración solapada por brazos y un tronco, interrumpida por ademanes. Frase piel y anatomía discursiva. La imagen forma parte de un vídeo; lo veo por primera vez, como parte de un grupo de *insiders*, en la visita guiada a la Galería Joan Prats organizada para presentar la exposición *I Am a Stranger, and I Am Moving*.

Tiene sentido que el lema, procedente de la *Ética* de Spinoza y retomado por Foucault, esté inscrito en una pancarta, sea pancarta, pues es proclama: la de todas las manifestaciones colectivas. Y, sin embargo, ¿qué es lo que oculta? ¿«Nadie sabe lo que puede un cuerpo»? Para algunos de mis compañeros de visita, como Nadia, mujer trans, la idea tiene un significado propio: como me explicó unos días antes, desde que aparece en el espacio público *como mujer* la topografía de la ciudad ha cambiado; ahora hay lugares que ya no son

seguros, calles que será mejor evitar, rodeos preventivos que pueden incluir un distrito entero. Porque, como señalan las artistas, «el cuerpo cuír hace la revolución desde que sale de casa hasta que llega a un escenario. Allí se vuelve normal». El lema, admite, pues, tres interpretaciones incompatibles. La primera, esperanzadora: existe un potencial que no se ha desarrollado aún y que va más allá de todo cálculo y control; desde ese punto de vista el cuerpo es el nombre del cambio, del futuro, de una enorme posibilidad que late en cada individuo y que va más allá de él para hacer un *embodiment* colectivo. *Embodiment*. «Acuerparse.» Feísima palabra, que representa muy bien el horror intrínseco a ese proceso. ¿Qué ocurre, sin embargo, con los saberes acerca de la corporalidad? Nunca conocemos lo bastante nuestros propios cuerpos: el progreso de la sociedad es una continua interrogación, cada vez más compleja, en que distintas áreas de conocimiento se disputan la potestad para nombrar y clarificar sus modos y funciones. Sabemos demasiado sobre lo que los sistemas de poder le han hecho, cómo lo han codificado y utilizado como ejemplo para sus fábulas de sumisión. Pero ¿qué promesas le quedan al cuerpo enfermo? Su potencial: la capacidad para seguir padeciendo cada día, la cantera radiactiva, la mina azul. Así, la *potentia gaudendi* o capacidad de goce enunciada por Paul B. Preciado encuentra su reverso en la *capacitas patiendi* o *potestas patiendi,* que tiene, a su vez, su franja de mercado –a la que este libro se ha incorporado sin ambages–. Contar miserias, dar lo mísero, misergrafía. ¿Y el cuerpo laboral? Para él la capacidad se convierte en «capacitación»; si tiene algún potencial será explotado, el trabajador autónomo se llevará a sí mismo al límite de sus fuerzas y ni siquiera tendrá a quien culpar.

A veces es solo una amargura trivial de columnista, un gris enfado socialdemócrata de tribuna de opinión, que me recuerda a mi vocación frustrada de articulista de prensa, y, como las propias noticias, pasa deprisa y sin dejar rastro. Otras veces es un hilo fino de disgusto que se extiende a lo largo de la ciudad entera. Otras es un cohete que entra en barrena.

Construye una casa. Encala la última pared. La brocha en el césped, la vista en lo alto. Es una maravilla. Merece ser inaugurada con una fiesta. Unas pocas parejas acuden. El salón semivacío. Más mármoles que charla. No parece que vaya a asistir nadie más. Pasada la medianoche, llega un rezagado vestido de frac. Le sigue un pequeño grupo desorientado. Solo unos pocos grupos más se van añadiendo a la fiesta. Solo unas cuantas decenas de centenares más. El salón es suyo. Ya no hay lugar para el constructor. Sale por la ventana. Desde el patio contempla como el bombo y las cadencias prosiguen sin él, y

crece el rumor hasta convertirse en un idioma desconocido. Es una maravilla. La ventana iluminada deja ver sombras danzantes, deja ver luces estroboscópicas, deja ver una lengua de fuego que asciende pared arriba. La mansión está en llamas. Es una maravilla. Los invitados van saliendo sin prisa por la puerta principal, atraviesan las ventanas del entresuelo, se arrojan desde el tejado como una canción que empieza a descender desde lo alto del *hit parade* hasta las profundidades de la historia del rock. Algunos portan una llama azul en la solapa, y los restos de hollín decoran las cabelleras rubias. La fiesta prosigue calle abajo, en una ronda tortuosa que se va desmadejando por ebrias avenidas y se pierde a lo lejos, con el eco de un estribillo resonando en los rincones de una plaza. La casa es un tizón. La plata quemada y rescoldos de nácar. Ya solo queda el hombre del frac, quien, sentado en el patio, a tres metros del constructor, se sacude la ceniza con parsimonia. Es una noche clara, néctar de gramola. Es una maravilla la energía y decisión con que el hombre trajeado agarra al constructor por las solapas, lo lleva a rastras a través del jardín y, traspuesto el umbral, lo arroja al descansillo con un amplio gesto semicircular. El constructor, un fardo en el piso, escucha los pasos del hombre del frac, que se van alejando más allá del porche y enmudecen. Se dice a sí mismo: es una buena casa, el minarete de carbón y leño que al caer la tarde otean los conductores en lontananza desde cada recodo de todas las carreteras secundarias.

Vuelven oleadas de ansia.

El llanto se fue trasladando desde la vida real hasta los sueños. La sensación en el momento del despertar: estaba llorando pero ya no. Era como si los sueños fueran la memoria del dolor, el último archivo desordenado.

Hace un momento Olga estaba aquí, en el sueño. Caminábamos juntos. Me decía que no tenía planes para las vacaciones. Yo tampoco, respondía. Pensaba en proponerle que nos marcháramos juntos.

Sueño que vuelvo al micropiso después de la mudanza. Está limpio y semivacío. Solo quedan unos muebles que pertenecieron a mis abuelos. Creo recordar que en uno de ellos hay un sobre con billetes. Abro cajones. Todos están vacíos. Pienso en Olga. Pienso: «Pero si tú te marchas no tendré con quien hablar.»

[←1]
Enrique Vila-Matas.

[←2]
Paul Gauguin.

[←3]
Fernando Pessoa.

[←4]
Blai Bonet.

[←5]
Jaime Siles.

[←6]
W. H. Auden.

[←7]
Leonora Carrington.

[←8]
Jean-Luc Nancy.

[←9]
Rafael Humberto Moreno-Durán.

[←10]
David Cronenberg.

[←11]
Cristina Rivera Garza.

[←12]

Of brotherly love we sweetly sung: «Once both of us saw the world must go / And change as we read in great Rousseau. / But change meant one thing to you I see / And something quite different to me. / The very same words we both have said / To give our ideals wings to spread / But my way was true, while for you / The highway led over mountains of dead. / Once both of us spoke a single tongue / Of brotherly love we sweetly sung / But love meant one thing to you I see / And something quite different to me. / But now I'm aware that I was blind / And now I can see into your mind / And so I say "no" / And I go to murder you Marat and free all mankind.»

Edición en formato digital: marzo de 2022

© imagen de cubierta, lookatcia.com

© Eloy Fernández Porta, 2022

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4420-7

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es